

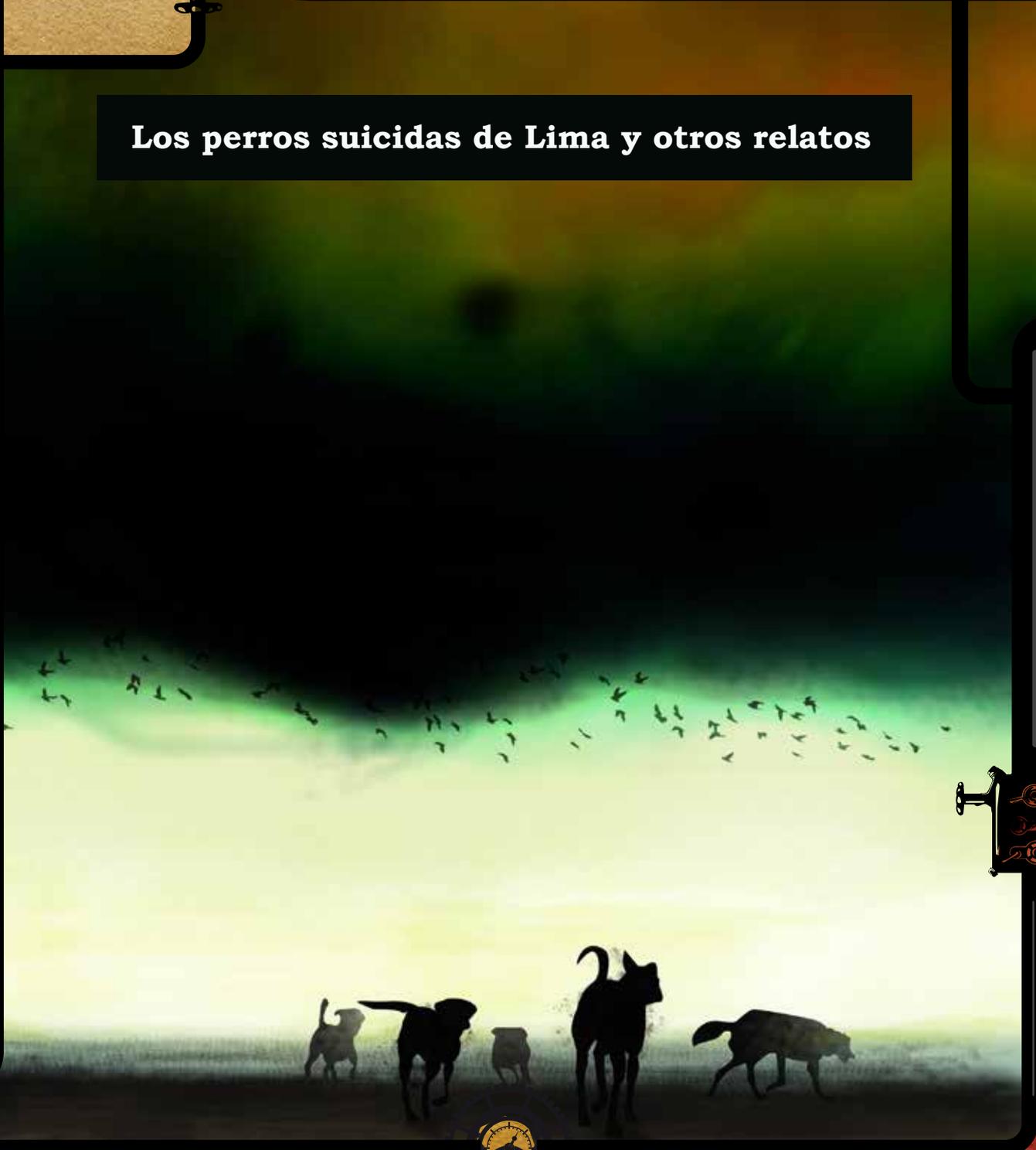


# RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

PINEDO \* HUERTO \* RIVERA \* HUERTAS \* CHÁVEZ \* GONZÁLEZ \* CEVASCO

**Los perros suicidas de Lima y otros relatos**





# Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 Miriam Pinedo, Héctor Huerto, Adrián Rivera, Miguel Huertas, Ramiro Chávez, José A. González y Julio Cevalco

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 6: **Febrero del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

**[www.acuedi.org](http://www.acuedi.org)**

**[www.relatosincreibles.com](http://www.relatosincreibles.com)**

Email: **[relatos@acuedi.org](mailto:relatos@acuedi.org)**

**[facebook.com/relatosincreibles](https://facebook.com/relatosincreibles)**



# Autores



## **Miriam Pinedo**

(Albacete, 1983). Historiadora. Actualmente trabaja como docente universitaria. Ganó el primer premio de relato del concurso literario del ayuntamiento de Albacete (2013), y obtuvo un accésit en el Concurso Internacional de relato breve Julio Cortázar (2013).



## **Héctor Huerto**

(Huánuco, 1983). Historiador, poeta y politólogo. Tiene una maestría en ciencias políticas en la Universidad de Salamanca (España). En el 2010 publicó su poemario "Sones Alados". Actualmente preside ACUEDI y dirige esta revista.



## **Adrián Rivera**

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicador en un instituto de investigación. Su primer cuento publicado, "La Orden del Olvido", apareció en la Antología Mexicana de Ciencia Ficción de El Under Ediciones.



## **Miguel Huertas**

(Madrid, 1991). Psicólogo por la Universidad Complutense. Algunos de sus relatos han sido publicados por revistas como Valinor, Falsaria, Almiar, La bolsa de pipas o Calabazas en el Trastero.



## **Ramiro Chávez**

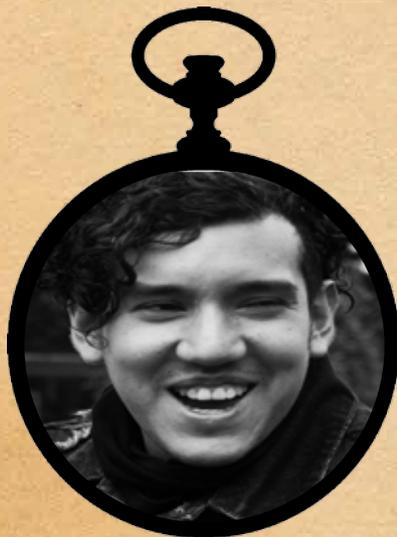
(Huancavelica, 1986). Economista de la UNMSM. Interesado en temas de industrias culturales. Ha escrito artículos relacionados con literatura y teatro en diversos medios y presentado ponencias sobre literatura y economía en diversos congresos.



## **José A. González**

(Sevilla, 1971). Empresario y graduado en químicas. Actualmente desarrollando proyectos de Marketing para empresas de ventas. Ha publicado relatos y artículos en varias páginas webs y revistas especializadas, obteniendo varios premios.

# Autores



## **Julio Cevasco**

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



## **Pablo Malásquez**

(Lima, 1960). Analista de Datos y Diseñador Gráfico y Publicitario, autodidacta, ganador del Premio "El vuelo de la Palabra" (2009), en la modalidad Poesía, organizado por el Ayuntamiento de Badajoz - Extremadura - España.



## **Grendel Belarousse**

(Buenos Aires, 1969). Autodidacta. Ganó un par de premios a nivel local, nacional y seleccionado en otros. Expuso a nivel individual y colectivo tanto ilustraciones como historietas. Actualmente es Coordinador de Ilustradores de la revista Próxima.



## **Rafo Núnjar**

(Callao, 1982). Diseñador gráfico, ilustrador, musicoterapeuta, constructor de aerófonos inspirados en antiguos artefactos sonoros prehispánicos. El arte antiguo siempre ha inspirado su obra y conducido sus pasos.



## **Carolina Valera**

(Cajamarca, 1989). Diseñadora de Modas del Centro de Altos Estudios de la Moda - CEAM, estudios en Bellas Artes en la Pontificia Universidad Católica del Perú y Joyería en el Cite Joyería Koriwasi. Actualmente sumergida en el mundo del marketing y publicidad.



# Cartas de lectores



## **Isabel Sabogal** Perú

Sugiero que en el índice del próximo número se ponga el nombre del autor al lado del título del relato y que se especifique a qué autor corresponde qué crédito para evitar cualquier malentendido en el futuro. ¡Felicitaciones por el trabajo realizado!

Muchas gracias por tus recomendaciones. Más adelante las tomaremos en cuenta ya que por el momento creemos que eso podría recargar el formato de la revista.

## **Alejandro Viayra** México

Encuentro intrigante el planteamiento de lo que parece será un serial por lo que me gustaría que continuará para poder llegar a leer su final.

No te preocupes, de todas maneras llegaremos al final de la saga de Julio Cevalco. En este número tenemos la segunda parte. Seguro te va a encantar.

## **Álvaro Morales** Perú

Entiendo que la fecha límite para enviar relatos ha expirado el 29 de febrero pasado. Quería consultar qué fechas se manejan para siguientes convocatorias.

Usualmente las convocatorias son semestrales. Como acaba

de finalizar la segunda de ellas, tendrías que esperar unos cuatro meses para que aparezca la siguiente. Te agradecemos el interés y esperamos que puedas participar en la revista.

## **Ewald Meyer** Chile

Mi consulta es acerca de la convocatoria hasta el 29 de febrero 2016, si fue cerrada y si es así cuando comienza la siguiente.

Paciencia. Preparen sus cuentos y en unos cuatro meses cuando se abra la tercera convocatoria podrán enviarnoslos. ¡A ponerse a escribir y pulir esos cuentos!

## **Jorge Collao** Chile

Por recomendación he conocido vuestro proyecto. Les adjunto la reseña de mi novela y algunas opiniones. Ojalá sea de su línea editorial. Saludos y gracias de antemano.

Es un placer que nos escribas y conozcas de nuestro proyecto. Vamos a leer tu novela "Aunque tal vez solo seamos los dioses de las hormigas" y te la comentamos. Nos encantaría que puedas colaborar con la revista con algún cuento tuyo.

## **Pedro Poletti** Argentina

¿Tienen la revista en formato epub? Ya que solo la encuentro

en pdf. Recién conozco la revista y me parece una gran idea. Lástima que ya se terminó el tiempo de presentación de relatos. La próxima vez encantado les mando uno.

Lamentablemente solo la tenemos en formato pdf. Si alguna persona se quiere encargar de la conversión al formato EPUB y de esa manera colaborar con la revista, bienvenido sea.

## **Luis Cabrera** Venezuela

¿Ya expiró el plazo para la recepción de cuentos para la segunda convocatoria?

Finalizó el 7 de marzo, luego de haber dado una semana más de tiempo a la convocatoria inicial. Pero no te desanimes, en unos meses se iniciará la tercera convocatoria. Estate atento para que participes en ella.

## **Sandra Aparicio** Perú

Quiero felicitarlos por las ilustraciones del anterior número. Me han parecido fabulosas. Ojalá sigan ilustrando cada uno de los cuentos.

Nosotros también estamos contentos con el resultado del número 5 de la revista. Sin embargo, no siempre es posible ilustrar todos los números. Desde aquí convocamos a nuevos ilustradores para la revista. Nos hacen falta.

# Índice



<b>Editorial.....</b>	<b>07</b>
<b>La leyenda del último hombre.....</b>	<b>09</b>
<b>Por volverla a ver.....</b>	<b>19</b>
<b>Los Campos Pelosos.....</b>	<b>24</b>
<b>Publicidad para el próximo hito científico.....</b>	<b>31</b>
<b>Corazones de niebla.....</b>	<b>35</b>
<b>Treinta y uno de octubre.....</b>	<b>44</b>
<b>Los perros suicidas de Lima.....</b>	<b>46</b>
<b>Muro de honor.....</b>	<b>51</b>



# Editorial



Resulta importante para nosotros resaltar el enorme impacto que ha tenido nuestra segunda convocatoria para recibir cuentos para la revista. Hemos logrado recabar 158 cuentos en total. Todos ellos pertenecen a 87 autores, siendo 12 de ellos mujeres. En cuanto a nacionalidades, 35 escritores son peruanos, 17 mexicanos, 12 españoles, 9 argentinos, 6 colombianos, 3 chilenos, 2 venezolanos, 2 uruguayos y 1 nicaragüense. Esto evidencia el impacto de la revista en casi toda Hispanoamérica. Desde aquí quiero agradecer infinitamente a todos los participantes. Los resultados de las evaluaciones de los cuentos, esperamos tenerlos en el mes que viene.

También quiero agradecer a tres miembros del comité editorial que nos han anunciado su salida de la revista por distintos motivos: Elton Honores, Yeniva Fernández y Carlos de la Torre. Desde aquí vamos a extrañar sus aportes. También debo acotar que nuestra editora ha pedido una licencia temporal debido a que se encuentra en la dulce espera. Desde aquí quiero mandarle mis mejores deseos, esperando su pronto regreso.

En cuanto a este número debo advertir a los lectores que todos los cuentos están fenomenales. Tenemos tres cuentos dedicados al día de los muertos. En el cuento de José González una familia tendrá que lidiar con los celos entre madre e hija por el amor del padre, de una manera un tanto macabra. Mientras que el cuento de Ramiro Chávez los muertos regresan a visitar a sus parientes vivos. De igual manera, en el cuento de Miguel Huertas nos encontramos con la paradoja del amor frente a la muerte. ¿Podrá la muerte vencer al amor?

Tenemos además dos cuentos de fantasía bélica medieval y uno de ciencia ficción. En el cuento de Julio Cevasco continuamos con saga de Oscuro y en esta ocasión presentamos a otro de sus personajes principales: Ofelia Caracortada. Ella tendrá que sobrevivir a toda costa en medio de una tierra asolada por la enfermedad y una violencia desgarradora. En el cuento de mi autoría nos encontramos con un continente en donde los seres humanos aparentemente se han extinguido pero en realidad queda uno de ellos. ¿El humano sobreviviente podrá cambiar el rumbo de su destino y del continente entero? En el cuento de Adrián Rivera, a quien tenemos por partida doble, se narra una historia de espionaje empresarial de un medicamento que puede cambiarlo todo.

Finalmente, en el cuento de portada de Miriam Pinedo, tenemos una historia nostálgica acerca de la vida, la soledad y la miseria que nos rodea constantemente. Gracias por leernos.

Héctor Huerto Vizcarra  
Director



La  
Biblioteca Digital  
**ACUEDI**  
cumple

**2** años

y necesita  
tu ayuda económica.  
**Colabora con nosotros**  
para que este proyecto continúe.  
La difusión gratuita de más de  
**8,000**  
**textos**  
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles  
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: [info@acuedi.org](mailto:info@acuedi.org)

Móvil: (51) 1 997656330

Email: [luis.morocho@camaleonazul.pe](mailto:luis.morocho@camaleonazul.pe)

[www.camaleonazul.pe](http://www.camaleonazul.pe)

 /estudiocamaleonazul

# Camaleón

# Azul

Story board, caricaturas,  
comics, ilustraciones,  
talleres de dibujo y  
pintura,  
arte concetual.



# La leyenda del último hombre

Por: Héctor Huerto Vizcarra





ren Trull miraba el horizonte de manera cansina. Había trajinado demasiado a través de la estepa para llegar al pueblecillo más cercano. En realidad era más un pequeño número de casas aledañas que un pueblo en sí, pero era el lugar más próximo en donde podía encontrar algunas casas juntas. Gren conocía a todas las familias que allí vivían. Estaban los tres hermanos enanos, cada uno más huraño que el otro, que habían construido una especie de madriguera con un portón gigante que parecía surgir inesperadamente del suelo. Dos de ellos, Fran y Marit, era estupendos artesanos de roca y podían construir los utensilios más variados con ese material. El tercero se llamaba Prump y pocas veces salía de su hogar. Era el que menos se relacionaba con los demás habitantes del pueblo. Aparte de ellos vivían ahí diez familias de granjeros katips, que era como se les llamaba a los mestizos de elfos y humanos en ese lugar. Los katips se sabían marginados, por eso preferían vivir en lugares alejados como ese a pesar de que las tierras no eran muy fértiles y los animales morían frecuentemente por enfermedades desconocidas.

Gren había viajado a aquel pueblecillo sin nombre para conseguir un poco de sal y frutas para complementar su dieta. Aunque en realidad eso era más que una excusa, ya que se había provisionado bastante bien en las últimas semanas de frutos secos, legumbres y tubérculos. Casi nunca tenía problemas para conseguir carne puesto que criaba a unos pequeños roedores comestibles, que los katips odiaban como si fueran la misma muerte y los enanos ignoraban completamente. Gren, en realidad, había hecho el recorrido en busca de información. Sabía de antemano que habían surgido disturbios en zonas aledañas, pero nadie parecía comprender que era lo que estaba pasando. De hecho, preferían no saberlo. Los problemas siempre terminaban causando más estragos en personas marginales como ellos, por eso los katips preferían agachar la cabeza y esperar que el mal tiempo pase.

A Gren no le bastaba eso y conocía al individuo perfecto para averiguar más noticias. La vieja Arcilla vivía sola en una cabaña un poco más alejada del resto y acababa de volver de un viaje itinerante por la región. De ella se sabía poco, como casi del resto de la población del lugar, había tenido un marido en algún momento de su vida pero había muerto hace ya bastante tiempo. Incluso, nadie recordaba haberlo conocido alguna vez. Ella se dedicaba a comerciar especias y otros productos medicinales que preparaba con algunas hierbas del lugar, por lo que viajaba constantemente de un lugar a otro en los periodos de mejor clima. Cuando el invierno se acercaba solía regresar a su hogar.

—Bienvenido sin casta.

—Saludos anciana — respondió Gren.

—¿Qué te trae a mi puerta con tanto apuro?

—Me has visto venir despacio a la distancia y a pesar de eso me llamas apurado. Vieja, quién te entiende.

Arcilla río con ganas y picardía, sus ojos brillaban. Disfrutaba mucho los intercambios verbales con Gren. Quizá era uno de los pocos habitantes del lugar con el que podía hablar tan libremente.

—Sabes muy bien que no vienes a pedir un poco de sal.

—Pues vengo a eso efectivamente y también por un poco de fruta, aunque eso debo conseguirlo en otro lado.

—Una lástima. Pensé que disfrutarías de las últimas novedades mientras tomábamos un té juntos.

Gren sonrió mostrando los dientes casi a plenitud, con esa sonrisa lobuna que lo caracterizaba. Ella le hizo un ademán y entraron juntos a su vivienda. Inmediatamente se puso a hervir un poco de agua y colocó dos tazas de barro sobre la desvencijada mesa.

—Y bien, ¿quieres saber las noticias que tengo para ti?

—A ti no puedo ocultarte nada, querida Ar

—Querido tío, sabes que no podría ocultarle nada a uno de mis ancestros desaparecidos.

—Ten cuidado con lo que dices Arcilla

—No me vengas con tonterías Gren, aquí todos sabemos lo que eres, pero a nadie le importa, más de lo que les importaría saber sobre las tierras aledañas

Sabía que ella tenía razón, pero igual evitaba correr riesgos innecesarios. Había sobrevivido tanto tiempo gracias a eso.

—Entonces no alargues mucho más el tema Ar. Dime que sabes, te lo suplico.

—Pues te lo diré. Los Vientos corren hacia aquí. Ha habido una sublevación en toda la región. Los elfos se han levantado junto los enanos de las colinas de Almont. Incluso se habla de katips que se han sumado a las reyertas.

—¿Han mandado a la fuerza de élite del imperio? Increíble...

Los Vientos era una unidad militar muy bien preparada y experimentada compuesta por un millar de elfos montados en toguens, que eran enormes serpientes aladas que se desplazaban tanto por tierra como por aire a gran velocidad. Era la fuerza de elite del imperio Vespertino que por mucho tiempo había tenido la misión de perseguir y erradicar a los seres humanos. La persecución fue tan masiva e intensa que ya se daban por extintos. A pesar de eso aun se podían escuchar leyendas alrededor de una fogata sobre comunidades enteras de seres humanos ocultos en zonas remotas pero la realidad era diferente. Gren Trull era el único ser humano sobreviviente en toda la región y él lo sabía.

Había visto morir a varios de sus familiares y amigos perseguidos por pequeñas unidades de Los Vientos que operaban usualmente en grupos de cinco. De esa manera era que podían atacar por sorpresa y casi no había posibilidad para la escapatoria. Gren había aprendido desde muy pequeño cómo sobrellevar el dolor de la pérdida de un ser amado, por lo que había su instinto natural de sobrevivencia lo llevaba a preferir la soledad. Esto le había salvado la vida innumerables veces. Con el tiempo, se acabó acostumbrando a vivir solo. Viajaba constantemente de un lugar a otro, disfrazado como un vagabundo katip, encontrándose muy de vez en cuando con alguna que otra comunidad de humanos. Con el transcurrir de los años, cada vez le era más difícil encontrar a los suyos. Pasó mucho tiempo para que se diera cuenta que era el último de su especie.

Habían pasado 8 años sin que se encontrara con ningún ser humano. De vez en cuando había tenido falsas esperanzas cuando creía reconocer a alguno en los katips que iba encontrando en el trayecto, pero se daba cuenta de su error al acercarse. Los katips solían ser ligeramente distintos de los seres humanos ya que conservaban en muchos casos o el color pálido de los elfos o los iris dorados. Esto no quita que hubieran katips que realmente podían pasar por humanos y de hecho muchos de ellos habían sido muertos durante el azote de Los Vientos.

Como nunca, Gren se encontraba desesperado. No por la posibilidad de que fuera el único de su especie sino por la incertidumbre. A veces imaginaba que el destino le jugaba malas pasadas y que por ende no lograba coincidir con los restantes grupos de sobrevivientes. Por eso seguía viajando de un lugar a otro con la esperanza de encontrar nuevamente a los suyos.

Hasta que una mañana el tiempo pareció detenerse alrededor suyo. Primero las aves del bosque en donde se encontraba pernoctando no chillaron al unísono al alba por lo que no pudo despertarse a tiempo. A continuación fue el sol el que con sus rayos interrumpió su pesado sueño y, finalmente, fue justo ese pesado sueño —que no se iba del todo— el que le impidió comprender rápidamente lo que pasaba a su alrededor. Una enorme mole retumbo contra el suelo repleto de vegetación, las alas del gigantesco ser se extendieron alrededor suyo para caer muertas a continuación, despatarradas a sus costados. La sangre se dispersaba por todos lados mientras que las fauces abiertas de la bestia rezumaban todavía ponzoña. Más adelante podía verse como el jinete montado trataba de ponerse de pie inútilmente: o estaba demasiado aturdido como para hacerlo o tenía alguna herida de mayor gravedad que no se notaba a primera vista. Mientras percibía todo esto, más

adelante se escuchó nuevos ruidos, algunos de ellos como gritos. Pronto, todo ruido a su alrededor desapareció completamente para escucharse un último estertor.

Era Abdil Pieslargos. Lo reconoció pronto cuando una nueva bestia alada y su respectivo jinete aparecieron para buscar al jinete caído. Sobre la cola del enorme monstruo se encontraba tirado boca abajo, inerte. Había sido un muchacho de su edad, aunque muchacho quizá ya no sea el término exacto.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó el jinete montado al que se encontraba en el suelo.

—Creo que sí, me parece que me he roto una pierna.

—Sería una lástima aunque serías el hazmerreír de todo el batallón. Un humano...

—Calla, lo sé —dijo esto último con mucho dolor.

El jinete del suelo pudo ponerse finalmente de pie. Su uniforme estaba casi hecho trizas.

—¿Pudiste corroborar la información de su diario que encontramos hace dos noches atrás?

—Pues no pudimos parlamentar mucho —respondió jocosamente el jinete montado—.

—Ya veo. Entonces basta con ese cadáver y esa información.

—¡Por supuesto! Hace meses que nadie captura a alguna de estas bestezuelas. Y nosotros hemos atrapado a la última de ellas.

—¿Crees entonces en lo que señala en su diario?

—Sin duda alguna. Era el último humano.

Los recuerdos lo asaltaban de pronto, cada vez que recordaba su precaria situación. Arcilla lo miraba profundamente, reconociendo en él el sufrimiento y la desolación. Arcilla era una buena mujer y demasiado valiente para ser una katip. Gren lo sabía.

—Vieja amiga, Los Vientos no traen más que desesperación y locura. ¿Qué demonios ha provocado esta reyerta?

—No estoy segura. Hay distintas versiones.

—Pues habla, tenemos tiempo.

—Ya, ya sé... déjame hacer memoria. Una de las versiones habla de la aparición de un hombre bendito, un mago humano que está pronto a renacer o que ya ha renacido y que proclama la igualdad entre las especies, incluidos katips.

—No juegues conmigo vieja...

—Tranquilo, no soy yo quien cuenta esas historias. Reniega con ellos si quieres, yo tan solo soy la mensajera.

—Lo sé, lo siento querida Arcilla pero suena eso tan disparatado como el propio hecho de la revuelta. ¿Cuáles son las otras versiones?

—Hay mucho descontento por el aumento de impuestos a los pobladores enanos y elfos. Grupos de elfos salieron a protestar en distintas ciudades, incluso llegaron a tomar la Casa del Tesoro de Helecanto y repartieron el dinero entre la población. Esto hizo que más gente se les uniera, incluyendo katips y enanos. La protesta se hizo tan masiva que tomaron el gobierno de la ciudad, derrotando para ello a la propia guardia armada.

—¿Tan solo Helecanto está en armas?

—La ciudad enana Almont y Uros también se han plegado a la contienda. Se habla de un contingente armado que va de pueblo en pueblo reclutando gente.

—De las cinco ciudades de la región, tres se han alzado contra el imperio. Eso es demasiado... con razón envían a Los Vientos

—Y será una masacre

—Tú lo has dicho, Ar. Tú lo has dicho...

De regreso a su pequeño hogar, Gren iba cavilando sobre los sucesos que había relatado Arcilla con avidez. Era todo una locura. No entendía cómo era posible que siquiera se atrevieran a cuestionar los mandatos del monarca, peor aun levantarse en armas. ¡Acaso no saben lo que hizo con casi todos los seres humanos! ¿Lo han olvidado ya? Se preguntaba constantemente.

Tuvo que caminar casi toda la noche para llegar a su pequeño hogar. Las primeras luces de la mañana no tardaron en aparecer en el horizonte mientras se acomodaba entre su improvisada cama para descansar unas horas después de la agitada jornada. El recuerdo de lo que había sido su destino entrelazado con la desgracia futura que se cernía sobre la región no lo dejaron dormir. Seguía despierto cuando escuchó como alguien tocaba su puerta.

Pensó inmediatamente que se trataba de un sueño y que se había quedado dormido sin tener plena conciencia de que ahora no estaba despierto. Intentó entonces despertar, pero después de un momento todo a su alrededor seguía siendo demasiado real. ¿Estaba realmente despierto? Como no tenía otra alternativa más, fue hacia la puerta para ver quién era. Sabía con certeza que en los muchos años que había vivido en las faldas de esa montaña, nunca nadie antes lo había visitado. Además acababa de regresar de su pequeño viaje y las coincidencias, pensaba, realmente nunca eran tales.

Al abrir la puerta se dio cuenta de dos cosas: uno, no estaba soñando, dos, no había nadie afuera. Pasó la mirada a lo largo y ancho de los exteriores de su pequeña morada sin encontrar ninguna silueta oculta. Se dispuso a cerrar la puerta cuando se dio cuenta que una pequeña esfera se encontraba en el suelo casi delante suyo. No era una piedra y lucía más bien lustrosa. Con poco tiento la cogió inmediatamente y la sopesó en una de sus manos. Realmente era bastante liviana y tenía una tersura cálida al tacto. Rápidamente se dio cuenta que estaba envuelta en hojas de un árbol que no conocía. Dentro había una pequeña bolita de color carne. Aunque saltaba a la vista que no era carne ni nada que hubiera conocido antes. La miró un poco más de tiempo y la dejó de lado encima de la repisa en donde guardaba sus pocos enseres domésticos. Luego se volvió a recostar al lecho, pensando que quizá despertaría pronto de ese extraño sueño.

La puerta volvió a sonar, una, dos y tres veces más. Sobresaltado fue corriendo a abrirla y no encontró a nadie fuera. Se rascó la barba y enjugó el sudor que perlaba su frente. Un sudor frío recorría, en realidad, todo su cuerpo. ¿Qué era todo aquello? ¿Realmente era un sueño? Bajó la mirada para ver si sus pies seguían en el mismo sitio y se dio con la sorpresa de encontrar otra bolita muy parecida a la que había encontrado antes. La agarró nuevamente y la llevó donde había dejado la anterior para compararlas. Se sorprendió nuevamente cuando se dio cuenta que la otra bolita no estaba. ¿Eran la misma entonces?

Esta vez decidió llevarse consigo la bolita a la cama. La tenía en una mano cuando se recostó nuevamente. Realmente se sentía muy cansado después de su breve excursión por el pueblo y quería evitar a toda costa someterse a otras situaciones estresantes como aquella. Prefería dormirse y despertar del todo de ese mal sueño que parecía nunca acabar. Ni bien cerró los ojos volvió a escuchar la puerta sonar. Fue un claro golpe. Uno solo. Abrió rápidamente los ojos y acercó su mano donde guardaba la bolita verde oscuro. No había nada.

Se paró como un resorte de la cama y fue a ver fuera de la puerta por si encontraba nuevamente la bolita. Efectivamente ahí estaba, en el mismo lugar de las veces pasadas. Se quedó pensando un momento hasta que su rostro se iluminó con una idea. Con mucha mayor celeridad tomó la bolita envuelta en hojas y la desenvolvió hasta dejar desnuda toda la masilla redonda. Acto seguido se la metió a la boca y se la tragó. Su rostro después de eso irradiaba felicidad. Te he vencido, pensaba. Nuevamente volvió al lecho después de asegurar su puerta y en esta oportunidad cayó completamente rendido de sueño.

Despertó cuando ya se hacía de noche, asustado, en gran medida porque nunca había dormido tanto, especialmente en pleno día. Había esperado dormir un par de horas para reponer su cansancio y volver a sus actividades cotidianas pero no había sido posible. Su sueño había sido demasiado profundo al punto de dormir hasta el anochecer. Tenía mucha hambre y recordó que había dejado algo de carne guardada. Felizmente el clima frío de la estepa le permitía conservarla mayor tiempo sin necesidad de curarla. Se levantó prontamente y se dirigió al cobertizo en donde guardaba la carne. Sus piernas respondieron prestas a la urgencia sin los achaques a los que ya estaba acostumbrado. Recordó de pronto el extraño sueño al que había sido sometido y sonrió para

sí. Debe significar algo, alguna preocupación en relación con la revuelta que se está produciendo contra el imperio. Pero se dijo así mismo y con firmeza que eso no importaba. No tenía ninguna relación con él. Todo lo que pudo importarle en el mundo ya no existía ya. Además era un hombre viejo y cansado.

Dentro del cobertizo, que era una pequeña caseta de madera a cincuenta metros de su hogar, y colgado de unos ganchos encontró la carne que había dejado el día anterior. Había pensado en curarla para conservarla pero tenía tanta hambre que pensó en comérsela toda y luego cazar más. Los pequeños kiubos se aglutinaban a su alrededor emitiendo pequeños chillidos, como atrayendo su atención para recibir comida a cambio. Recordó que no les había puesto nada para comer y fue a buscar algo de alfalfa que tenía guardada para tales emergencias. La encontró en una esquina del cobertizo sobre unos sacos de arroz y menestras. Ya no quedaba mucha, debía conseguir más en el pueblo, pensó. Esparció un montón de alfalfa entre los pequeños roedores que se pusieron a comer con esmero.

Ya de vuelta en su pequeño hogar dispuso fuego para cocinar la carne dentro de una cacerola. Pensó hacer un guiso con ella y dispuso todo lo necesario para ello. El hambre realmente era insoportable. Mientras comía volvió a meditar en la situación que se avecinaba. Estaba seguro que los rebeldes no tenían plena conciencia del lío en que se habían metido. Lo más probable era que no hayan visto nunca en combate a Los Vientos y que nunca hayan peleado en una guerra en sus vidas. Su propia vida en cambio le había dado algunos conocimientos en ese sentido. Si tuviera menos edad pero con toda esa experiencia, qué no haría al respecto, meditaba. De pronto vio su reflejo en la pared, en donde se encontraba un pequeño espejo que le habían regalado en una de sus correrías. Tenía un marco bellamente labrado en pan de oro que ahora se veía un tanto opaco por el descuido con que lo tenía, pero igualmente se trataba de un objeto hermoso.

El hombre que lo veía a través del espejo era bastante joven, bien podría asegurar que aún no había llegado del todo a la adultez y que su cabello frondoso y negro se parecían bastante al suyo de antaño. Miró entonces con mayor detenimiento y se fue dando cuenta que los rasgos de aquel joven eran bastante parecidos a los suyos, aunque con menos arrugas, sin barba y con el cabello completamente negro. Los gestos que empezó a poner luego con su boca, sus ojos y su nariz fueron inmediatamente imitados. ¿Era una extraña broma todo esto? ¿Dé dónde provenía esta extraña imagen? El joven también levantó la mano e hizo los mismos movimientos con los dedos. Gren no podía creer lo que estaba viviendo en ese momento.

—¿He rejuvenecido acaso?

Se cambió de ropa y se dio cuenta que las prendas se le ajustaban mejor al cuerpo, incluso le parecía que había crecido unos tantos centímetros. Su cuerpo era mucho más flexible, robusto y fuerte que lo que era a su vejez. Estoy recuperando la talla de mi juventud, pensó. Sabía que necesitaba respuestas y tan solo existía una persona lo suficientemente cerca como para darle algunas luces al respecto. Luego de meditar, preparó algunos víveres que le sirvieran durante el viaje de retorno a la aldea. Tenía que ver nuevamente a la vieja Arcilla, ella tenía que decirle que no se estaba volviendo viejo y senil.

Durante el camino pensó constantemente en su transformación, en los extraños golpes a su puerta y la curiosa bolita envuelta en hojas que se había comido. Nada tenía sentido para Gren Trull. Andaba así absorto en sus pensamientos cuando equivocó el camino y se desvió hacia un sendero por el que no había transitado antes que lo condujo a una hondonada cubierta de rocas. Había rocas por doquier y algunas de ellas parecían ser de distintos colores. Pronto se dio cuenta que se encontraba en medio de una cantera. Decidió entonces dar media vuelta y volver sobre sus pasos cuando percibió ciertos movimientos tras un peñasco gigantesco que se encontraba a unos doscientos metros de su posición. Caminó a tientas rodeando el peñasco para descubrir a un enano trabajando laboriosamente en pulir una punta de piedra. El enano se sobresaltó al verlo.

—¡Qué diantres! ¿Quién eres que osas asustarme de esa manera? Pequeño...

—Perdone, no fue mi intención asustarlo. Tan solo me causó curiosidad saber quién andaba por estos desolados parajes.

—Lo mismo podía decir yo, chico, pero hace mucho aprendí a no hacer preguntas sobre tu especie.

Gren se sobresaltó porque se dio cuenta que el enano lo había reconocido como un humano.

—¿De casualidad no te llamas Prump? —preguntó Gren con cierta inquietud.

—Conoces mi nombre, más no me sé el tuyo y tampoco me interesa.

—Lo siento señor. Mejor me retiro para no importarlo más.

—¡Ja! Ya quisieras. ¿Eres familiar acaso del viejo ese que vive en las faldas de la cadena de montañas que se encuentra pasando la estepa?

—Se podría decir que sí... —titubeó el quien fuera antes un anciano.

—Se podría decir que también estoy hecho de piedra, pero como ves, no es verdad. Dime la verdad, chico.

—Te podría decir que no soy lo que aparento —Y dicho esto dibujó una enorme sonrisa lobuna.

—Es posible —respondió cautamente el enano —Pero poco probable. No hay muchos de tu especie.

—Así dicen, ¿qué sabes más sobre mi especie? —Quiso sonsacarle Gren, ya que era la primera vez que podía conversar con Prum durante todo el tiempo que vivía en esos parajes.

—Lo suficiente, pero este no es lugar para charlas. Sé sobre una profecía que habla sobre un hombre joven y un destino... pero vayamos primero a mi humilde morada. Quizá ahí podamos conversar más al respecto.

De esa manera es que el enano lo guió hacia el pueblo sin mediar mayor intercambio de palabras. Gren Trull iba pensativo y perplejo por la reacción de su interlocutor. Sabía con claridad que Prump rehusaba todo contacto que no fuera el de sus hermanos por lo que no se le veía en público y menos entablando una conversación con cualquier individuo que pasara al lado suyo. En cambio, ahora se mostraba un tanto interesado en su interlocutor, sin dejar de lado su característica hosquedad.

Llegaron a la enorme puerta que se encontraba en medio del resto de casas dispersas del lugar. Pasaron de largo la pequeña casa de Arcilla, quien los vio caminar a lo lejos y los saludó con ambos brazos desde su única ventana. Gren pudo notar el rostro de inquietud de la mujer al verlo. ¿Lo habría reconocido? Esta puerta se abrió y el enano lo condujo a través de un pasadizo que se iba internando hacia abajo, hacia el subsuelo. No era de extrañar porque los lugareños conocían esa casa como La Madriguera por la forma como se adentraba en el suelo.

Llegaron a varios corredores que se bifurcaban y Prump lo fue dirigiendo por cada uno de los diversos y enrevesados tramos hasta que llegaron a un salón elegantemente dispuesto.

—Esto es cosa de uno de mis hermanos. No creas que vivo solo

—Lo imaginaba —respondió Gren sin titubeo alguno

—Sabes bastante para ser tu primera vez en este lugar, chico.

—Nunca dije que lo fuera

—Es verdad pero tampoco nadie te había visto antes por aquí. De ser así lo sabría con certeza.

Gren no podía objetar tal afirmación. Así que optó por cambiar a un tema menos peliagudo.

—Me habías dicho algo sobre una profecía. ¿A qué te referías con eso?

—Hace poco más de un siglo, en el libro Epifanías se escribió una serie de versos sobre distintos temas. Uno de ellos, hace alusión al final de este imperio. O al menos eso es lo que algunos creen entender. Cabe la casualidad que ese verso me interesa mucho y me lo sé de memoria:

Un elfo sin orejas danza alrededor de una fogata  
Quiere describir un reino con los pies pero no puede.  
Un enano alto salta y brinca alrededor de una fogata  
Quiere alcanzar un reino con los pies pero no puede.  
Un orco sin rasgo animal intenta derribar la fogata con sus pies  
Quiere construir un reino pero con tan solo los pies no puede.  
El problema es que no se puede construir lo que no existe  
Menos con los pies si no se sabe realmente lo que es.  
Cuando el último de ellos quede  
Quizá se pueda construir un reino nuevamente.

—Nunca antes había escuchado ese verso o ese libro. ¿Quién lo escribió?

—Mmm ... es verdad —dijo pensativo el enano —ahora que lo pienso no tienes por qué conocerlo. De su autor poco puedo decirte puesto que se cree anónimo, aunque hay alguna que otra sospecha de quien pudo escribirlo.

—¿Se puede encontrar ejemplares de ese libro por algún lugar cercano? —Preguntó esperanzado Gren a quien los versos lo habían sorprendido y le habían causado gran interés.

—Imposible... —el enano fue interrumpido de pronto por el estallido de una serie de ruidos en el exterior, que parecían entremezclarse con gritos y palabras.

Alarmados, Gren y Prump salieron al exterior para encontrar el origen de ese ruido. Ninguno pudo prever la escena que se desvelaba ante sus ojos. La pequeña aldea se encontraba prácticamente rodeada. Tres sujetos desconocidos montados a caballo se encontraban cerca de ellos, sus cabalgaduras estaban con la boca abierta, agotadas, ellos mismos no se encontraban en mejor estado. Una enorme serpiente, un toguen, con su respectivo jinete elfo, se encontraba muy cerca de ellos, mientras que otros cuatro vientos se encontraban equidistantemente alrededor de lo que podría considerarse como el pueblo.

Con un silbido de su amo, la enorme bestia se lanzó contra una de las personas a caballo, Gren se dio cuenta rápidamente que se trataba de un katip, el mismo que fue tirado de su montura por la fuerza del ataque. La serpiente lo tenía agarrado entre sus fauces a la altura del estómago, mientras que su sangre manaba profusamente y se iba desperdigándose por la tierra. Su montura fue prácticamente aplastada por la enorme serpiente y agonizaba con el lomo quebrado bajo esa bestia. Se escucharon entonces otros cuatro silbidos, aunque con distintas tonalidades y los cuatro vientos restantes comenzaron a moverse hacia los otros dos rebeldes.

Todo estaba ocurriendo muy rápido a su alrededor, Gren no podía creer que estaba presenciando otro baño de sangre. No otra vez, pensaba. Los rebeldes restantes, quienes eran un elfo y otro katip tensaron los arcos que llevaban consigo para aprestarse a disparar flechas a los enemigos que los rodeaban. La agonía del katip atrapado por la serpiente retumbaba en todo ese escenario de pavor. La gente del pueblo se encontraba casi en su totalidad congregada, mirando hipnotizada ese improvisado campo de batalla que era antes su pueblo.

De pronto, Gren notó un ligero movimiento por el rabillo del ojo. Una lanza se había clavado sobre uno de los vientos que se iba acercando a los rebeldes, y este cayó de su enorme montura, mientras su bestia empezó a revolverse en busca del atacante. La vieja Arcilla se escabulló detrás de una de las chozas de la aldea tratando de esquivarla. La enorme serpiente fue tras ella dejado tirado al elfo atravesado por la lanza, el cual parecía respirar con mucha dificultad. El ataque sorpresivo hizo que los demás vientos dejarán de mirar a los rebeldes que se encontraban rodeados, quienes aprovecharon el momento para contratacar al enemigo más cercano. Una de las flechas mató de un solo golpe al guardia montado que había matado a su compañero, mientras que la otra intentó fallidamente clavarse en el ojo de su bestia y tan solo quedó clavada en la curvatura de lo que podría ser su lomo. Como respuesta a esto, la enorme bestia irguió su cuerpo y extendió sus

alas, lanzándose como un rayo contra su atacante. Caballo y katip rodaron muertos tras múltiples mordeduras del toguen.

Nuevos ruidos llamaron su atención, la bestia que había ido tras la vieja Arcilla parecía regresar de nuevo a escena, como queriendo agruparse con las otras serpientes, pero fuertes golpes la hicieron sacudirse en el aire. Nadie entendía que era lo que pasaba, hasta que la figura de un enorme mazo de piedra se dejó ver en el horizonte, encima de la bestia.

—Son los enanos —gritó alguien del pueblo. Efectivamente, Fran y Marit se encontraban encaramados sobre el animal, asestándole uno y otro golpe más con sus poderosos mazos, que parecían marcar una especie de música de guerra.

—Es hora de actuar muchacho —dijo de pronto Prump a su lado, quien inadvertidamente había ido por un artefacto suyo que parecía un enorme tubo de hierro con ruedas a los costados y una enorme manivela a un lado. Comenzó a girar la manivela y de ella empezaron a salir guijarros de significativas dimensiones, los mismos que fueron a estrellarse contra los tres vientos restantes. Dos de ellos emprendieron maniobras evasivas y terminaron por alzar vuelo con sus cabalgaduras, mientras que el tercero restante cayó inconsciente al suelo, derribado por una de las piedras que lo había cegado en un ojo. La serpiente alada a su cargo lo rodeó con su cuerpo como protegiéndolo y mantuvo una actitud defensiva, con lo cual quedó prácticamente al margen de la contienda.

El elfo rebelde que quedaba en pie se dispuso a enfrentarse a la bestia que seguía destruyendo los cuerpos caídos de sus compañeros. Enrumbó con su caballo contra la bestia y con una espada en la mano empezó a dar mandobles a diestra y siniestra. La gran serpiente que estaba siendo atacada se enroscó rápidamente en sí misma y se lanzó en respuesta contra las patas del caballo, derribándolo definitivamente. En ese instante, Gren decide entrar en acción, sus instintos se lo estaban exigiendo hace bastante rato.

Con bastante destreza tomó la espada del elfo rebelde que había caído al suelo y se montó de un salto sobre la bestia que se disponía a morder mortalmente a su enemigo caído. Sin pensarlo dos veces, traspasó varias veces el cráneo de la bestia con la espada, hasta que la enorme serpiente dejó de moverse frenéticamente. Mientras eso ocurría, Prump ayudaba al sobreviviente de los rebeldes a ponerse en pie. Parecía que el combate aun no concluía del todo, puesto que los dos vientos que habían logrado retirarse, volaban en círculos alrededor del pueblo, observando cómo se iba dando el desenlace. Al parecer, se habían confiado demasiado y no esperaban mayor resistencia de la menguada población local. La intervención de Arcilla había cambiado definitivamente el desenlace de esa contienda.

Gren Trull no recordaba cuánto tiempo había pasado desde que se había sentido tan ágil y fuerte. Cuando joven le habían enseñado a defenderse con la espada y en determinado momento había incluso combatido en unas cuantas refriegas. Ahora nuevamente se encontraba metido en una con una espada en mano y no podía salir de su asombro. De pronto, tuvo que salir de sus cavilaciones cuando se dio cuenta que el guardia inconsciente de los vientos se había recuperado y había alzado vuelto en el acto con su toguen. Ahora eran tres vientos los que daban vueltas en círculos en el cielo. En respuesta a ello, la población del lugar fue dispersándose dentro de sus casas, como medida de protección.

—Abuelo —dijo una voz conocida —No sabía que ahora te dedicabas al oficio de matar monstruos.

Gren sonrió apesadumbradamente. Le habían enseñado que toda vida era valiosa, incluso la de sus enemigos.

—Vieja, me sorprende que aun sigas viva.

—No es momento para charlas —dijo Prump. —Mis hermanos están llevando al elfo herido a nuestra guarida. Deberíamos nosotros hacer lo mismo.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —Preguntó al aire Gren. —No lo entiendo.

La vieja Arcilla lo miró sonriente. En eso, el elfo herido volteó para mirar a Gren, mientras los enanos lo dirigían hacia La Madriguera. Gritó de pronto:

—¡Entonces es cierto! Te hemos encontrado, muchacho. —Gren Trull lo miró entre asustado y asombrado.

—¿Quiénes me han encontrado dices?

—La rebelión, humano. La rebelión acaba de tocar tu puerta.



# Por volverla a ver

Por: Miguel Huertas





l agua de la bañera era de un rojo diluido, y en su interior se adivinaba una forma oscura. La sangre aguada se derramaba desde el borde y caía hasta el suelo, perfilando de escarlata la silueta de los azulejos.

Érika lloraba en una esquina del cuarto de baño, con la espalda apoyada en la pared, lo más alejada posible de la bañera y, al mismo tiempo, sin poder dejar de mirarla. El trazado perfectamente regular de las líneas rojas en el suelo le producía sensación de mareo.

—Rojo y blanco— murmuró para sí—. Sangre y hueso.

La tristeza tenía apesada su alma con su anzuelo y tiraba hacia abajo con fuerza. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano pero estas, tozudas, volvieron a caer con más fuerza que antes.

—¿Por qué, Helena? — preguntó, moviendo los labios pero sin emitir sonido—. ¿Cómo has podido pensar que podrías dejarme sola?

Pero solo salía silencio del interior de la bañera. Erika enterró el rostro entre las manos y lanzó un último sollozo, esperando y queriendo romperse, desgarrarse, antes que soportar más tiempo el dolor. Pero siguió entera.

El dolor permaneció, eterno, pero las lágrimas se fueron debilitando hasta cesar. No podía soportar la agonía.

—Y no voy a hacerlo— siseó Érika con los dientes apretados.

Extendió la mano hacia el rojo que delimitaba los azulejos, y manchó en él un dedo tembloroso. Miró la gota de sangre pálida que se estremecía en el extremo de su índice.

La muerte no es la última frontera.

Respiró hondo y trazó en el suelo blanco un círculo perfecto: Ómicron.

Con funesta determinación, apoyó la palma de la mano en su frío centro y pronunció el Nombre. La Palabra surgió pataleando de sus cuerdas vocales y se aferró a su laringe, negándose a salir. Érika luchó contra ella, creyendo durante un aterrador segundo que moriría ahogada con el Nombre atravesado en su garganta. Sintió el sabor de la sangre en sus labios, y el sonido imposible fue vomitado al mundo.

La mujer se derrumbó jadeando en busca de aire, con una película de sudor frío cubriendo su frente. Parpadeó para hacer desaparecer los caóticos puntos blancos que danzaban en su campo visual e hizo un esfuerzo por incorporarse. El Ómicron siseó, y la sangre que delimitaba el trazado de los azulejos comenzó a crujir convirtiéndose en escarcha roja. Érika levantó la mirada hacia la figura que se cernía sobre ella.

El ser que respondía al Nombre la miraba con una expresión de curiosidad en sus ojos acuosos. Era una criatura hermosa, andrógina, que sonrió con una boca repleta de dientes pequeños y finos como diminutas piezas de mármol. La presencia de la criatura era vieja y fría, como la de un monolito olvidado, consagrado a los dioses más antiguos, más oscuros. Era horror hecho carne. Su vibración sacudió a Érika en lo más profundo de su ser, y estuvo a punto de ceder a la náusea y vomitar a los pies de alabastro del Nombre.

El ser dirigió sus pupilas imposibles hacia la bañera, cuya agua era ahora un bloque de hielo rojo, y después volvió a fijarlos en la mujer que tenía a sus pies. Se pasó la lengua por los dientes idénticos, saboreando el dolor que se condensaba en el ambiente.

Érika clavó su mirada en los atroces ojos del Nombre, desafiante, desesperada.

—Sabes el motivo de tu presencia aquí— afirmó ella con voz tensa, dura.

*Ella naufraga en mi océano interminable.*

Su voz era un susurro que trepanaba la realidad con una cadencia profunda, sensual, como rasgar de seda.

—Necesito que la traigas de vuelta.

La sonrisa de la criatura llenó la habitación de dientes.

*El vacío no puede existir. Un alma debe ocupar el lugar de otra. Solo sangre cubre la sangre derramada.*



# Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto  
puedes colaborar con nosotros,  
comprando publicidad o con las  
donaciones individuales.

## Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

Las palabras del Nombre se retorcián unas sobre otras, hambrientas, llenando el aire obscenamente. Erika se arrastró asqueada hacia atrás, hasta que su espalda tocó la pared. Dobló las rodillas para pegar las piernas al cuerpo.

—¿Una vida? — La criatura dio un paso hacia ella, con la fría luz de estrellas lejanas asomando de sus pupilas. Érika comprendió—. Una muerte.

Los párpados del ser se agitaron en un gesto de complacencia.

—Si es necesario, se hará— aseguró ella.

*Hay más. Toda lección conlleva el dolor de ser aprendida. Toda victoria, el sufrimiento de su conquista. Toda ganancia, su precio.*

La voz del Nombre se extendió hacia ella y dibujó formas extrañas en su cuerpo, acariciando los lugares más recónditos de su ser.

—Daría cualquier cosa. Cualquier cosa por volverla a ver.

La criatura se estremeció de un ansia apenas contenida.

*Mi océano es profundo. Sí, disfrutaré de ti. Tú y yo, daremos caza a la eternidad.*

El estómago de Erika sufrió un espasmo, golpeado por la oscura promesa del Nombre. La fría pared a su espalda le recordó que no podía retroceder más. Con la angustia atravesada en la garganta, asintió una sola vez. Fue suficiente.

*Toda ganancia, su precio. Todo pacto, su firma.*

Extendió los brazos hacia el ser. La criatura puso una mano de alabastro bajo la nuca de Érika y la alzó a pulso hacia su boca. Los labios del ser eran húmedos, fríos, y viejos. Sabían a polvo de huesos. El beso la marcó y dentro, muy dentro de ella, algo se cerró para siempre.

Érika cayó sobre los azulejos, sola de nuevo, y se arrastró desesperadamente hasta salir del cuarto de baño. Sin poder contenerse, vomitó una y otra vez hasta que sintió la garganta abrasada por la bilis. Se levantó, temblorosa pero decidida. La criatura tenía razón. Toda ganancia tiene su precio. Haría cualquier cosa por recuperar a Helena. Cualquier cosa.

Caminó como una autómatas hasta la puerta, con el cuerpo entumecido e insensible. El rellano estaba oscuro, y la luz no funcionaba. Érika apretó el botón del ascensor, pero no escuchó el chasquido que indicaba que el mecanismo se había puesto en marcha.

—Otra vez se ha estropeado, niña.

El señor Herraz la miraba desde el umbral de su casa. Su vecino era un hombre ya anciano, que tenía más pelo en las orejas que en la cabeza, y la piel arrugada y moteada como la superficie de un viejo pergamino. Era amable y bueno, y la única persona a la que Érika permitía llamarle “niña”.

—Hola, señor Herraz— respondió ella con voz átona—. Tendrían que cambiar este viejo trasto por uno más moderno.

—Es el destino de todos los trastos viejos, niña. Que nos sustituyan por algo nuevo— respondió el anciano con una sonrisa.

—No pretendía...

—Niña, tienes mala cara. ¿Está todo bien?

El rostro de Érika debió traicionarla.

—Dios mío, niña, ¿qué ha pasado? Ven, tomemos una taza de té.

—No, señor Herraz, yo...

—Vamos, vamos, te sentará bien.

Érika se dejó arrastrar por el amable anciano. La casa del señor Herraz era oscura, repleta de cosas de diferentes procedencias y decorada con un estilo más que cuestionable, pero perfectamente ordenada. Ella se dejó guiar por la mano siempre temblorosa del anciano, mirando sin ver.

La cocina era pequeña y angosta, y la poca luz se filtraba a través de un sucio ventanuco. Érika se dejó caer sin fuerzas en un taburete mientras el anciano le daba la espalda y ponía la tetera al fuego.

Entonces fue cuando vio el cuchillo. Era grande, con el mango de madera lisa, y brillaba al alcance de su mano.

Miró la espalda encorvada del señor Herraz, que estaba ocupado cortando varios limones por la mitad para añadirlos al té. Hablaba sin cesar sobre las propiedades medicinales del té, y de cómo su madre siempre decía que era un buen antídoto contra la tristeza.

«Un alma debe ocupar el lugar de otra».

Érika se estremeció. No podía hacerlo. Era sólo un anciano...

«Precisamente. Es solo un anciano. ¿Cuántos años de vida le quedan? ¿Cinco? ¿Diez?», le decía la parte maliciosa de su propia mente. «Los pocos años que le quedan al señor Herraz por los muchos que debería haber vivido Helena». Parecía justo.

Una vida debía ocupar el lugar de la de Helena para poder traerla de vuelta, una cuestión mecánica. Pero dicho intercambio no se hacía a cambio de nada, había un precio a pagar. ¿Era consciente de lo que había prometido?

«Cualquier cosa». Sí, daría cualquier cosa a cambio de poder abrazarla de nuevo.

En el límite de su visión, apenas perceptible durante el instante que dura un parpadeo, floreció una sonrisa llena de dientes idénticos.

—Ya nadie viene a visitarme, ¿sabes? — decía el anciano, añadiendo sendas cucharadas de azúcar a las tazas humeantes—. Así que me alegro de que vengas aunque sea por algo malo. Ahora tómate el té y cuéntale a este pobre viejo lo que...

Cuando se volvió, Erika le hundió el cuchillo en la boca del estómago. El señor Herraz soltó las tazas, que se hicieron añicos contra el suelo, y se tambaleó. La miraba con ojos desorbitados, incrédulos, traicionados.

—Dije cualquier cosa— le explicó Érika con un hilo de voz—. Cualquier cosa.

—Me has... Me has...

Érika retorció el cuchillo, sacó la hoja, y volvió a clavarla. Una vez, y otra, y otra. Cuando el cuerpo cayó, se arrodilló junto a él y siguió acuchillando hasta que algo se quebró en su mente y cayó sollozando encima del cadáver del anciano. Lloraba por el señor Herraz, y también por ella misma.

Poseída por una sensación de irrealidad, se levantó y se lavó metódicamente las manos y la cara en el grifo de la cocina del anciano. Veía sus manos, pero no las sentía. Como en un sueño.

«Sí, es un sueño. Despertaré en cualquier momento, y nada de esto habrá ocurrido».

Era un pensamiento hermoso. Podía abrir los ojos de un momento a otro, y descubrir que todo había sido una agobiante pesadilla. Helena aún seguiría sonriendo, el señor Herraz aún seguiría dispuesto a invitar a un té a cualquiera que pasase por delante de su mirilla, el Nombre seguiría sin haber sido pronunciado. Pero la realidad era muy distinta, y sus mandíbulas no aflojaban su presa.

—Un alma por otra— dijo Erika en voz alta—. Ya está, ¿no?

Silencio. Caminó por los oscuros y solitarios pasillos de la casa del señor Herraz, sintiéndose flotar, como un jirón de nube arrastrado por un viento mucho más fuerte que él. La puerta del anciano chirrió cuando salió.

El rellano seguía oscuro, pero el ascensor ya funcionaba. Una serie de sonidos salieron desde detrás de la puerta de su casa, y ella se acercó despacio, temiendo que si era demasiado impaciente, el silencio volviese. Con pulso tembloroso, abrió muy despacio la puerta y pasó al recibidor. Desde donde estaba podía ver el salón. Sentada en un sillón, como si nada hubiese ocurrido, Helena leía un libro. Tenía los pies subidos al asiento y pegados a las piernas, una de sus posturas favoritas, y bajo el pelo castaño asomaba una arruga de concentración que indicaba que estaba totalmente enfrascada en la lectura. Sus ojos brillaban, moviéndose de izquierda a derecha mientras pasaban de una línea a la siguiente.

Érika sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas cálidas, saladas, que resbalaron por sus mejillas. Su corazón se disparó de felicidad, botando en su pecho. Podía cerrar la puerta de golpe, ver cómo ella levantaba la vista del libro y sonreía, ir hasta ella y abrazarla de nuevo. Había merecido la pena. Cualquier cosa hubiese merecido la pena con tal de poder abrazarla de nuevo. Avanzó un paso, esbozando la sonrisa más amplia y sincera de su vida.

Las lágrimas de alegría se helaron en sus mejillas. Una mano húmeda, vieja y fría como tumbas olvidadas se cerró sobre su hombro.

—¡No! — gimió ella—. Solo he tenido tiempo de verla, nada más...

La voz la acarició con el deseo más oscuro, suave como un cuchillo sobre la piel desnuda. Estaba llena de atrocidades.

*Cualquier cosa, dijiste. Cualquier cosa por volverla a ver. Por eso, nomás.*

Erika fijó su vista en el dulce rostro de Helena mientras las frías manos la arrastraban hacia un océano gris y muerto, interminable.

*Todo pacto, su firma. Toda deuda, su pago.*

Las aguas se cerraron por encima de ella.



# Los Campos Pelosos

La balada del nunca amado  
Oscuro- Parte 2  
Por: Julio Cevalco





Se arrastraba sobre la hierba enmerdada.

Los dedos de la bastarda se enterraron en el barro, en los excrementos, abanicaban huesos de lagartijas y sangre coagulada. Luego de esputar un buche de flema la muchacha se volvió a la niebla buscando su balsa, pero esa noche, mientras el viento zarandeaba su cabellera, sólo encontró las maderas que se tragaba el río.

«Ni modo. Por lo menos estoy a salvo. Por lo menos todavía respiro.»

Las sombras que veía en sus recuerdos no la dejaban en paz. Despacio, descendió hacia el cadáver de la ciudad en ruinas humedeciéndose los labios. No había probado agua durante su viaje corriente abajo, tampoco había comido. Ofelia Caracortada caminó encorvada hasta el centro de la plaza, y al lado de unas jabas repletas de cucarachas se ahogó en un hedor dulce, amargo, similar al de cuerpos carbonizados. En ese momento alzó la vista divisando un pozo que se asomaba en la oscuridad, y en cuanto intentó acercarse, casi tropieza con cerros de despojos humanos. Los restos, hacinados unos sobre otros, no la dejaban pasar.

—La puta mierda... ¿que coño ha pasado en este lugar?

Cuerpos punzados, torsos destripados y murallas de muertos se hallaban amontonadas frente al brocal. La sed la ahogaba, la sometía. La muchacha salivaba, necesitaba beber agua o por lo menos algo, así que haciendo de tripas corazón empezó arrimar algunos cadáveres para acercarse al pozo. Uno por uno los fue arrastrando, dejando una estela sanguinolenta sobre el adoquinado. Pero antes de trasladar a los últimos sintió que el menos pesado, tan flaco como un esqueleto, temblaba.

Zas.

Ofelia lo dejó caer, y al bajar la mirada se encontró con una cría famélica cuyos huesos se pegaban a sus pómulos. Estaba demasiado débil para ser una amenaza.

—Espera, no me hagas daño —le susurró a la bastarda al ver que la intimidaba con el puño—. ¿Te dirigías al pozo? Tengo mucha sed. Por favor, saca un poco de agua para mi también.

Ofelia se mantuvo en silencio.

—Intenté tomar la manivela pero resbalé —continuó la muchacha—. Los cadáveres me aplastaron. Si no hubieses venido, hubiese muerto ahí abajo.

—Bien —respondió la bastarda luego de pensarlo un rato. «También me encuentro sedienta. No me cuesta nada hacerla beber»—. Espera aquí, que yo me encargo.

Con el semblante sombrío, Ofelia Caracortada caminó entre los cadáveres. Se llenó los pulmones de aire. Haciendo un esfuerzo arrimó los restos que faltaban, tomó la polea para bajar la cubeta y mientras soltaba la cuerda, miraba los esqueletos quemados, tendidos por la calle. Las pozas de sangre y los críos con las entrañas fuera abundaban sobre el empedrado mientras las cabezas de unos campesinos se pudrían en picas. Brazos podridos, cubiertos de nubes de moscas. Un jardín de empalados y otro de niños grises junto a las piras. Bebés con el pecho abierto, carneros decapitados, fetos, orines, gusanos.

«Esta masacre es obra del hombre. Al parecer la plaga no ha llegado a esta región.»

Por lo menos tenía suerte. Cuando había vagado por los bosques occidentales del otro lado del río, apenas había encontrado rastros de peste, y una noche, un grupo de maleantes por poco se la carga. Recordó que primero intentaron violarla, pero como se cagó y se meó en sus faldones, sólo le cortaron el rostro.

«Voy a sobrevivir —pensó—. Sobreviví al castillo y al bosque. Unos saqueadores no son más que sangre de menstruo.»

Casi sin darse cuenta la cubeta se había llenado, y cuando la tuvo en las manos vertió el líquido en su pellejo. Luego de dar un sorbo, dejó el cubo en el suelo para que la muchacha bebiera.

—Aquí tienes —le dijo—. ¿De dónde vienes y cómo te llamas? ¿Hay otro pueblo cerca de aquí?

La joven, tras beber como una gata, se secó la barbilla y susurró su nombre.

—Me llamo Rose Càrragan. —Luego añadió que era de Lilièt Cànnen, un pueblo en el interior de los Campos Pelosos—. La comarca queda camino al bosque. Si me llevas a casa, juro que te recompensaré.

«¿Tú? ¿Recompensarme?», se preguntó Caracortada con el ceño fruncido.

—De ninguna manera, cría. No tienes nada que me sirva. Además en tu estado no podrás seguirme. —Ofelia se cruzó de brazos al ser abatida por la brisa. «Se nota que está demasiado débil. Seguro sería una carga. Lo mejor será abandonarla en este lugar.» Una fuerte corriente le levantó sus vestidos. La bastarda se encorvó antes de abrazarse sometida por el frío.

—Si te marchas sola, te vas a perder —le advirtió la muchacha—. Iremos juntas. Yo te guiaré. Cuando llegemos te aseguro que las otras labriegas te brindarán refugio y alimento.

Ofelia frunció el ceño evaluando la propuesta. Se encontraba sola en una tierra nueva. Países violentos con leyes sin nombre donde hacerse de aliados era un menester.

—Bien —susurró en un suspiro. «Tal vez estoy desesperada. Pero no me queda de otra. Si la cría se retrasa, entonces la abandonaré.» Se agachó con lentitud sintiéndose segura antes de disponerse a saquear los cadáveres. «Debes protegerte del frío y armarte», se dijo, de modo que empezó a hurgar entre la carroña: casi sin esfuerzo robó una capa de un primer cuerpo, mientras que del segundo tomó su capucha; al último, al de un niño raquítico, le liberó el cuchillo clavado en el corazón. Tan pronto estuvo lista se volvió a la muchacha que se hallaba en los adoquines tomando agua. Entonces, con dureza en la mirada, le mostró su arma—. Marcharemos cuando estés preparada. Pero si me engañas, voy a matarte.

Rose hizo un asentimiento de cabeza y, al poco tiempo, luego de terminar de beber, la labriega y la bastarda se pusieron en camino.

Desde que abandonaron el pueblo erraron encorvadas a través del campo, y si bien a menudo tosían, era Rose la única que se quejaba de los dolores de pecho y de espalda. Caracortada languidecía, caminaba exhausta, aunque no la abatía la fiebre ni las náuseas como a su esquelética compañera. Tampoco tenía diarreas. Un desgaste en los brazos la aquejaba en las mañanas sumado a una picazón en la lengua, mas nada más. Su cicatriz no suponía un problema, pero a veces, con los dedos, recorría el tejido áspero que se extendía al sesgo casi desde su frente hasta el cuello; en



ese momento, mientras caminaban, recordó lo que Rose le había dicho la primera noche que encendieron una fogata.

«No eres la única desdichada. A mi un maldito me empujó al río. Pero estaba tan oscuro que apenas lo vi. Luego llegué a la ciudad del pozo.»

«Por eso está enferma. Debe ser una gripe agravada con tifus o disentería. —La cría también le dijo que su agresor llevaba el semblante cortado y manchado de barro, y que tenía los ojos vidriosos como los de un muerto. La bastarda, al recordarlo, se pasó la lengua por los labios—. De ninguna manera. Los muertos están enterrados o se pudren en el campo. Probablemente deliraba, o fue un puto asaltante, algún borracho o violador.»

Se encogió de hombros y, caminando, bajó la cabeza sin saber cuál de las dos había tenido peor destino.

Las noches, oscuras y heladas, transcurrían, y encontrar comida era toda una hazaña. La bastarda usó su cuchillo para matar a un cervatillo. Pero no fue hasta el tercer intento que lo consiguió, justo a pocos pasos de la muralla que marcaba los límites del campo. Rose, más entrada la noche, le dijo que era un puesto de guardia. Casi no había probado bocado.

—Se te ve muy demacrada —susurró Ofelia acuclillada junto a la fogata—. Come rápido que tenemos que apurarnos; además ya casi llegamos.

Rose no se apuró en comer. Guardaron los restos de comida en un zurrón de cabritilla, y, como la labriega apenas caminaba, se apoyó en Ofelia para retomar el paso. Para el momento en que alcanzaron la muralla no aguardaron mucho a que se alzara el rastrillo. La estacada emitió un chillido oxidado, y el portero, con un movimiento de manos, las hizo pasar. Mientras avanzaban la bastarda miró a los labriegos reunidos en los adarves: una caterva de campesinos armados con picos, layas y horquillas de guerra las quedó mirando, al tiempo que desde el centro, una rapaza con cara cuadrada y cintura ancha se abrió paso para bajar por los peldaños.

Cuando las muchachas cruzaron la muralla un par de campesinos, en un suspiro, apresaron a Rose. La halaron de los hombros como a un espantajo y a la bastarda le pareció que su compañera tenía la mirada vacía.

—¡Ella me guió! ¡Ella me guió! —se adelantó antes de que los labriegos colocaran las armas en ristre. Pero su atención se desvió al rostro de la muchacha de la ancha cintura. Ofelia tragó saliva con dificultad. Sentía que las puntas de los rastrillos le rozaban la garganta—. Si no me crees, pregúntale tú. Fue Rose quien me dijo que la trajera.

—Lo suponíamos —respondió un labriego sombrío luego de ordenar a sus hombres que bajaran las armas—. Nombre, muchacha, y dinos de dónde vienes.

—Ofelia Caracortada —susurró la bastarda—, y vengo del oeste. Del otro lado del río.

El labriego hizo un asentimiento de cabeza y luego dio la orden para que la revisaran.

—Si no está plagada, que se quede en la cabañas. Pero si lo está, echadla. Te la confío a ti, Godètt.

—Como tú ordenes.

Los labriegos no perdieron tiempo, así que empujándola con las layas la montaron sobre una potranca. La campesina Godètt guió el recorrido desde su trotón, desviando a la caravana por el Camino Pedregoso. La bastarda enterró sus dedos en la crin de su yegua, y, a medida que cabalgaba, la hierba y los cultivos le parecían suaves como pelaje de bestia. Bajo el rielar de las estrellas observó que la otra caravana, que trasladaba a Rose, desapareció por una senda pelosa inclinada en pendiente, y sintió que su corazón latía acelerado.

—Tomaremos un atajo —escuchó decir a Godètt, los cabellos rojos, sombríos y rebeldes. La muchacha por momentos le parecía un muchacho, pese a que llevaba melena larga y vestía casaquilla y un sayo holgado.

—Como tú digas.

Esa noche al descender a la comarca un grupo de labriegas las recibió. Abrieron la empalizada, y al ver a la bastarda empezaron a arrojarles un mar de piedras. Ofelia se encorvó cabalgando bajo el viento, el rostro cortado, desencajado. Las rocas volaron, peinaron el crin de la potranca perdiéndose en la oscuridad. Pero los jinetes apuraron el paso con la layas en alto, protegiéndolas.

—¡No quieren más forasteros! —le gritó Godètt, galopando por delante y cubriéndose de las piedras con su rastrillo. La campesina se encapuchó tras rebasar a las agresoras y, a mataballo, guió a los jinetes hacia una cabaña que se erguía tras las lomas. Siguieron un camino corto, enmarañado de brozas, que ascendía, bajaba, bajaba y subía; y luego de un tiempo cuando no quedó ni un rastro de las labriegas, la campesina se volvió a la bastarda—. Por fin las dejamos atrás.

»Me llaman Godètt de Bertrànd. Soy peletera y trabajo en la granja.

Ofelia, como muestra de respeto, hizo una inclinación de cabeza. No tenía apellido ni oficio, pero la peletera conocía su nombre.

—Mèrrin Merkàhrek te revisará —continuó Godètt—. Es una bruja de barro y una de las pocas curanderas de las casas de curación.

Minutos más tarde, tras apearse de sus monturas, observaron la puerta de la cabaña. Godètt la empujó al tiempo que ordenaba a los campesinos que esperaran fuera. La bastarda se cubrió parte del rostro con su capa. Al punto, aspiró el hedor a palomuerto que se desprendía de la madera, un hedor resinoso y a cenizas, y entró. Por dentro las llamas calentaban una mesa cubierta con cabritilla y, de las paredes, colgaban máscaras de nogal virgen, blasones con los emblemas de la garra, la mandrágora y las coronas de hierba, acero y espinas, junto a los escudos de las azadas y las hachas en cruz. Godètt le contó que pertenecían a antiguas casas de los Señores de la Tierra y los Señores del Campo, y que los antiguos Lores de los Campos Pelosos en algún tiempo habían sido sus vasallos.

—Pero ya no quedan tales Señores —continuó mientras avanzaba a su lado—. La mayoría están muertos, y quienes no, el campo los reclamará pronto. Sus descendientes malviven en el descampado, fuera de nuestras fronteras.

»Ahora busca una silla y siéntate, que Mèrrin no tardará en salir.

La bastarda se sentó. El cabello desgreñado obnubilaba su visión, pero en la cabaña estaba tan oscuro que apenas distinguió a la mujer que salía tras unas persianas de cuerda de tripa. Mèrrin Merkàhrek caminaba despacio. Tenía la cabellera larga, abultada como un arbusto y con mechones

*¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!*



- **Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.**
- **Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.**
- **CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.**
- **Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.**
- **Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.**
- **Asesoría en redes sociales.**
- **Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.**
- **Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.**
- **Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.**
- **Mantenimiento de computadoras y redes.**
- **Recuperación y respaldo de datos.**

w: <http://iotopia.net>

@: [estudio@iotopia.net](mailto:estudio@iotopia.net)

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

teñidos de verde oscuro. Envolvía sus hombros con una esclavina manchada de barro, llevaba el abdomen vendado y una falda rota le colgaba hasta los tobillos atrapados en ajorcas. De su cuerpo emanaba un hedor a encierro.

—Eres la única esta semana —dijo la bruja luego de intercambiar una mirada con la peletera. Mèrrin olisqueó su entorno como una bestia, al tiempo que Ofelia, sentada sobre la silla, seguía aspirando el aroma a resina y cenizas de las maderas de la cabaña—. Espero que las labriegas no te hayan asustado. Al último que vino le rompieron los huesos a palos. Cuando lo trajeron casi no tenía dientes y había perdido la vista de un ojo. Tuve que hacer que se lo sacaran.

—Tengo un cuchillo —respondió la bastarda—. Me hubiese llevado a una conmigo.

La voz le tembló. Por dentro sentía que el frío le helaba la piel, pero el viento sólo soplaba fuera, en el campo.

—Da igual. Un cuchillo no te servirá. Ahora desvístete. Quiero ver si tienes carbuncos, granos o manchas. Si estás limpia llenarás tres bacines. Flema, orina y excrementos bastarán.

La bastarda asintió. Se quitó la capa, la capucha y el vestido. El cuchillo lo dejó sobre la mesa. Cuando estuvo desnuda sintió que la puerta chirriaba al abrirse y, con el rabillo del ojo, vio marcharse a la peletera. Ofelia se sentía sucia, como si la bruja fuera a vender su carne a los espíritus. «Vas a sobrevivir. Sobreviviste al castillo y al bosque», pero cada vez estaba menos convencida de que en los Campos Pelosos los labriegos pasaban las tardes esquilando borregos y cultivando granos. «Brujas de barro. Por lo menos no son caníbales como los asesinos», pensó. Por lo menos no se la iban a comer, aunque si salía iban a lapidarla.

Luego de que Mèrrin la examinó, le dijo que estaba limpia y la bastarda escupió un moco negro en una bacinilla. Se forró la espalda con una manta y, tras esperar unos minutos al fuego de las velas, meó, cagó, y la mujer tomó los recipientes con sus fluidos.

—Puedes pernoctar en mi cabaña —le dijo, señalándole un jergón con una frazada—. No te aconsejo salir. Las labriegas siguen rondando.

Ofelia Caracortada no respondió. Esa noche durmió a penas. El jergón era tan duro como una cama de piedra y, entre sueños, escuchaba golpes de carne contra carne, gemidos y susurros en la oscuridad. Luego, cuando abrió un ojo, se encontró con Mèrrin, quien sentada a la mesa esnifaba polvo de setas con una caña. No llevaba falda y la estancia se había impregnado de un olor húmedo. De pronto tuvo la sensación como si hubiese dormido mucho. La peletera Godètt se hallaba de pie al lado de la bruja y tenía los ojos hinchados como si llorara.

—Al fin despertaste. —Mèrrin soltó la caña. Tenía la mirada cansada y el rostro marcado con surcos—. Pensamos que pasarías toda la noche roncando. Las mujeres continúan fuera, pero te asignaremos una cabaña cuando retiren el cuerpo de la labriega.

—La vamos a enterrar mañana —susurró Godètt con voz entrecortada, sumida en la oscuridad—. Aunque es mejor que no vengas. Sigue escondiéndote. Las mujeres no se van a acercar, pues el campo y el barro no se mezclan.

La bastarda observó que Godètt se limpiaba las lágrimas con las manos, y que, pese a sus facciones toscas, tenía el espíritu blando. La peletera caminó por la sala antes de abrir la puerta para marcharse.

—Gracias por traerla —le dijo antes de despedirse con una ligera venia—. Pensé que no la vería nunca más.

Eso bastó para que Ofelia comprendiera. Todavía estaba media dormida, pero en su somnolencia entendía que la bruja y la peletera hablaban de Rose. La bastarda, con el corazón en la mano, se lamentó susurrando:

—Rose estaba demasiado débil. El último día ni siquiera quería comer, y era como si supiera que iba a morir desde que la vi en el pozo. —Cuando se hallaba sola, pensaba que en el pueblo quemado había sobrevivido como los lobos, alimentándose de cadáveres.

—La muerte es parte de la vida. A todos, tarde o temprano, nos reclama el campo. Incluso a quienes no pertenecen a él. —Mèrrin, luego de volver a esnifar, la estudió con la mirada. Parecía

una mujer acostumbrada al luto—. Dos noches antes de que llegaras enterramos a más labriegas. Las encontramos mutiladas en las lomas mientras unos perros carroñeaban sus restos. También encontramos a una pastora sin labios, y nos dijo que su amante, al tiempo que la besaba, se los había arrancado. El hijo de perra anda perdido pero las campesinas siguen sus pasos. Era un forastero, y ningún forastero, óyelo bien, escapa al rencor del campo.

¿Era acaso una amenaza?

Ofelia asintió con la cabeza y recordó que no era la primera vez que escuchaba dichas historias. Del otro lado del río deambulaban antropófagos bajo la sombras del sotobosque, y, encubiertos, descendían hasta las calles de la ciudad imperial. Durante la época de la plaga los hombres erraban como roedores casi por todas partes, y mataban y violaban y se alimentaban de cadáveres.

—La historia se repite siempre. —Mèrrin se levantó y comenzó a machacar semillas con un mortero—. Los culpables son apresados y pasados por cuchillo pero luego surgen otros. A los últimos les conseguimos un oficio, les brindamos alimentos y refugio. Aunque al final, nos mordieron las manos como si fueran chacales.

A Ofelia se le hizo un nudo en la garganta. Los hombres de occidente inmigraban cruzando el río, mas no todos estaban tallados de la misma madera.

«Escucha, bruja. No puedo responder por sus actos —le habría dicho—. He sobrevivido al castillo. He sobrevivido al bosque. Pero... Pero...» Pero se le acabaron las palabras. Inclino la cabeza y pensó que cada segundo que pasaba, el campo, en el fondo, le parecía una tierra de corazón cruel.

—El campo es peloso y está plagado de rencor. El campo es frío y el rencor se siembra.

Ofelia levantó la mirada al escuchar los susurros de Mèrrin Merkàhrek, mientras la bruja, encorvada bajo las sombras, vertía una sustancia lechosa en una cuba. «Estoy segura de que algo dijo.»

Cuando terminó, dejó en la repisa el aguamanil.

—Pronto estará listo el brebaje —le avisó a la bastarda—. Es un poco espeso pero lo tienes que beber.

—Entonces estoy enferma. ¿Me ha contagiado Rose?

—No sé —respondió la mujer—. Pero algo en tus fluidos no luce bien.

»Tu compañera estaba fatal. No tenía esperanzas. Cuando me la entregaron parecía un cadáver. Haznos un favor, y, en el nombre del campo no menciones su nombre. Deja que sea una con él. Esa muchachita sí que lo merecía.

Tras dar una media vuelta la bruja se fue. Desapareció por las persianas de tripa que había cruzado la otra noche y, Ofelia, sin quitarse el sudor de la frente, permaneció sentada sobre el jergón, sola, aspirando el olor a encierro.



# Publicidad para el próximo hito científico

Por: Adrián Rivera





Como puede ver en las gráficas, los especímenes que recibieron .05 miligramos de himbexitona desarrollaron nuevas células cerebrales, incluso hay algunos que presentan circunvoluciones microscópicas adicionales, cuya función no ha sido determinada pero suponemos que se trata de una mutación favorable.

—No quiero especulaciones, podríamos decir que sirve para cultivar cerebros artificiales para trasplantes, pero basta con que sea un medicamento seguro para el tratamiento de infartos cerebrales. Que los de promoción y comunicación hagan una buena campaña global de publicidad.

—Señor, ese departamento fue eliminado en la pasada reestructuración.

—Como sea, quiero que la gente conozca a la himbexitona más que a la aspirina; en eso consiste el futuro.

Los jefes de investigación y desarrollo salieron triunfantes pero con un nuevo reto, el menor de todos; ya habían conseguido que centenares de animales de laboratorio, ratas, ratones, perros y, por supuesto, monos, regeneraran sus cerebros mutilados de forma artificial durante casi una década de experimentos con la himbexitona. Conseguir una agencia de publicidad era labor para uno de los incontables becarios de la empresa.

Muy temprano al día siguiente, David publicó el anuncio en un portal de empleos en publicidad y el resto del día lo pasó leyendo el segundo tomo de la saga de “El sueño de Huxley”. Al tercer día, su buzón estaba saturado de solicitudes que lo hicieron dejar su lectura por un rato, eliminó aquellas que provenían de trabajadores independientes, con lo cual sus opciones se redujeron a seis agencias. Imprimió la lista a su asesor y juntos descartaron otras tres que eran conocidas por sus deplorables anuncios, frases ostentosas sin atractivo, fotografías de gente en sus peores ángulos, además de precios excesivos. De las tres agencias restantes, tuvieron que descartar a la mejor por falta de presupuesto; años de investigación seguidos de recortes y trabas administrativas no permitían contratar empresas transnacionales, por lo que también eliminaron al conglomerado mediático anglo surcoreano que ofrecía el mejor precio y tiempo de entrega. Se quedaron con una compañía nacional con experiencia en el ramo y con el presupuesto adecuado. David pudo seguir leyendo mientras preparaban la campaña.

El director general de la agencia se presentó ante ellos con un gran discurso:

—Cualquier droga diseñada carece de facetas simbólicas que propiciarían su aprovechamiento eficaz. Ya no basta con sintetizar sustancias activas y determinar sus dosis y vías de administración; se debe diseñar el ritual del consumo de cada droga, en donde ésta es un mero catalizador de los demás elementos. Se requiere elaborar para cada compuesto una estrategia de mercado que promueva su consumo según el tipo de usuario objetivo y el efecto deseado. Vamos a proponer espacios y situaciones ideales para el uso de la himbetoxina, así como valores y estados aspiracionales...

—Sólo una precisión, mi estimado. Es “himbexitona”, como la molécula.

Tras aquél rápido proceso de selección de no más de una semana le siguieron interminables juntas, intercambios de correos y otros trámites no menos innecesarios. El departamento de investigación y desarrollo circuló un oficio solicitando que se revisara a detalle que el nombre del medicamento no se alterara en forma alguna. De todos los empleados, la responsabilidad recayó en David y gracias a él nunca ocurrió otra equivocación, les mandó esquemas, fórmulas, fotografías y artículos científicos sin publicar, entre otros documentos aclaratorios para ilustrar a los creativos de la agencia.

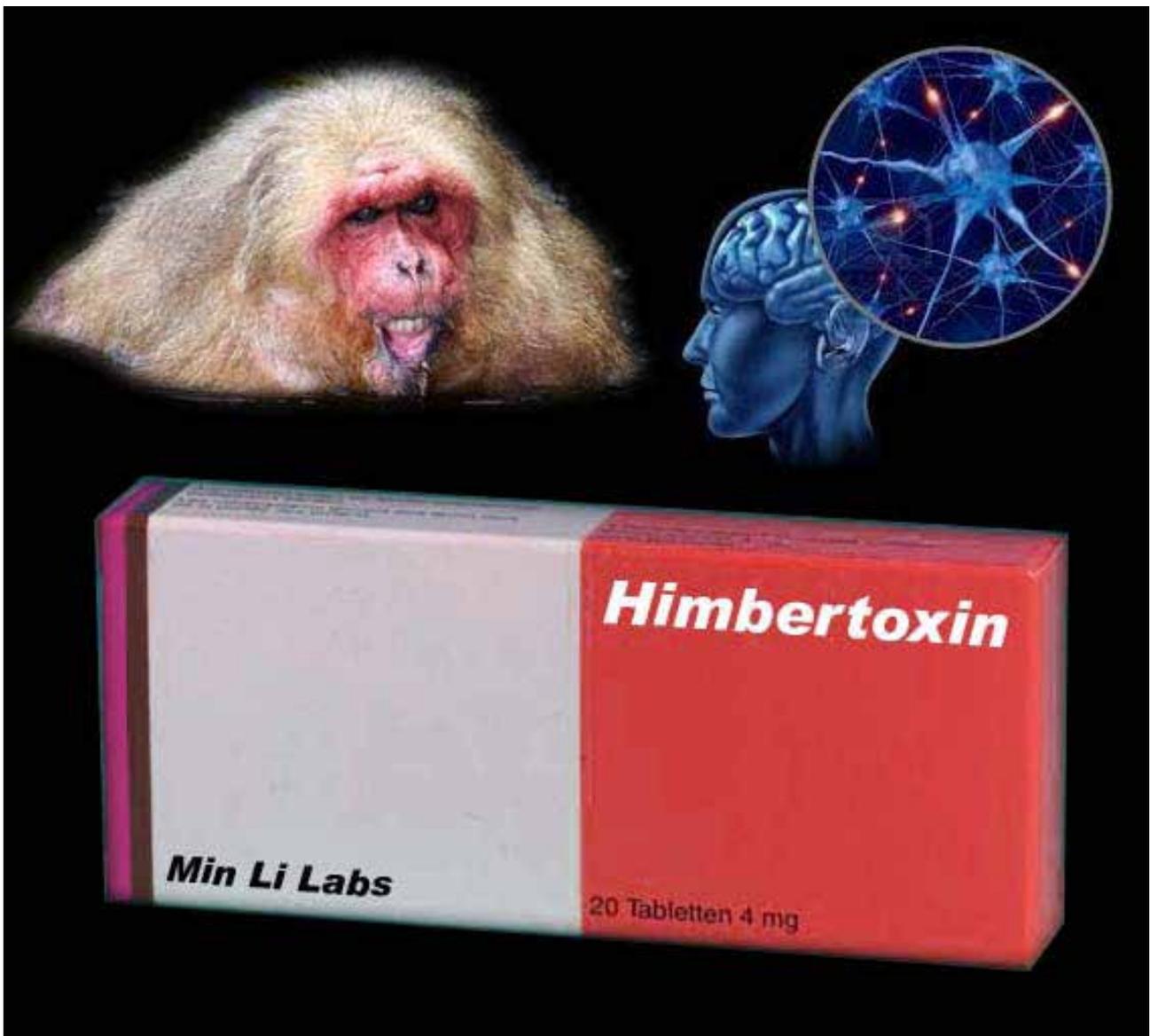
Un mes después estaban listos los borradores del lema, cinco carteles y un video. “Cultiva tu mente, himbexitona la protege”. Dentro de un spa enclavado en la selva, un sabio anciano con semblante humilde pero majestuoso intercambia una cesta llena de frutos exóticos con una joven de mirada sagaz hacia la puesta de sol, como la más intelectual de las modelos. El Dr. Henry Blackwell, dueño de la farmacéutica, estaba fascinado pero pidió que se le añadieran efectos en 3D para

que luciera más futurista. La agencia solicitó una prórroga para hacer la posproducción del video.

La himbexitona se obtenía de las aceitosas semillas de la himbarina, fruto endémico de la Isla de los monos en Catemaco, Veracruz. Hasta 1980 se desconocían las propiedades de los arbustos de himbarina que crecían de manera silvestre. Fue gracias a unos macacos tailandeses, introducidos en la isla con fines científicos en 1974, que se conocieron sus milagrosas propiedades.

Tras una disputa territorial, uno de los primates fue exiliado a una zona de matorrales por sus congéneres, presentaba una profunda fractura en el cráneo con tejido encefálico expuesto y fue dado por muerto por los investigadores que observaban a la colonia. Sin embargo, el macaco, al que llamaron Leonardo, agonizó por días a la sombra de un arbusto, alimentado por unas frutitas aplastadas en el suelo a su alrededor. La escasa y reseca pulpa se compensaba con creces por la gran cantidad de nutrientes de sus semillas. Pocos días después, la herida había sanado y Leonardo comenzaba a merodear con menos cautela cada vez, pero siempre regresaba por esas frutas.

Un estudiante del grupo de científicos empezó a seguir al macaco y notó que durante sus viajes le ofrecía aquellas frutas a algunos de sus antiguos congéneres, observó que todos ellos abandonaron otras fuentes de alimento y formaron un pequeño grupo de recolectores que tejían redes colgantes entre los árboles, donde depositaban los frutos. El estudiante lo atribuyó a alguna sustancia psicotrópica en la fruta, pero cuando lo comentó con el Dr. Justin Himbar, etnobotánico del grupo, éste le hizo consciente de su omisión, los macacos estaban desarrollando herramientas, puesto que, además de las redes, habían creado ganchos y estacas. Todos esos macacos, alrededor de quince, mostraban mayores inflexiones vocales, así como más agilidad y tono muscular; rasgos que han transmitido a sus crías hasta ahora.



Durante un breve período de cinco años estuvo de moda entre los famosos consumir aceite de las semillas de la himbarina para curar los efectos de la prolongada ingesta de barbitúricos e incluso el cáncer, pero no hubo un sólo estudio que lo respaldara. En 1985, la atención mediática se centró en las secuelas del terremoto en la Ciudad de México. Afortunadamente, Henry Blackwell, un joven médico estadounidense cuya familia poseía algunas fincas frutícolas en Veracruz, estableció en Catemaco un pequeño laboratorio al que invitaba a participar a colegas de todo el mundo, como el Dr. Himbar.

El 13 de junio de 2015, el video del anciano y la semidiosa serían transmitidos por todo el mundo. Sin embargo, a lo largo de los meses anteriores, el laboratorio chino Ming Li Labs habría publicado una serie de artículos en distintas revistas científicas con alto factor de impacto y por último patentaría la “himbetoxin”, sustancia sintética para la generación de nuevas neuronas y utilizable como interfaz biológica de nuevos microprocesadores que permitirían una conexión analógica humano-máquina. El servidor donde se alojaban los archivos de la agencia de publicidad estaba ubicado en la República Popular China, a un costo bajísimo. El futuro ha llegado.



# Corazones de niebla

Por: José A. González





Los olores procedentes de la cocina embriagaban los sentidos de Marta y provocaban rugidos en su estómago. La niña no había comido apenas en todo el día, y a esas horas de la tarde tenía ya un hambre voraz. Su madre trasteaba entre fogones y sartenes, pasando nerviosamente de un utensilio a otro concentrada en cada detalle. Marta la observaba desde el comedor, sentada en una silla bajo la ventana. La luz mortecina del ocaso se filtraba entre las rendijas de la cortina, y las sombras avanzaban lentamente por la estancia matando los últimos vestigios de claridad diurna. La chica se aburría mientras su madre preparaba aquella opípara cena, la más copiosa y elaborada que se servía en todo el año. Como cada 2 de noviembre, Marta se ofreció a ayudar a su madre, pero la mujer declinó con aspereza alegando que no era necesario. Al igual que cada año, mamá se levantó al amanecer y caminó hacia el pueblo para escoger las hortalizas más frescas y las carnes más rojas. Seleccionó cuidadosamente las especias y mandó matar al pollo más grande que pudo encontrar en el mercado. Luego volvió a casa y se encerró en la cocina, taciturna y pensativa. Este ritual se venía repitiendo desde hacía ya seis años, coincidiendo con la fecha en que murió papá. El día de difuntos era un día triste en casa. La melancolía impregnaba el aire y se hacía tan espesa que a Marta le daba la sensación de que podría cortarla con un cuchillo. Su madre apenas le dirigía la palabra, y si se le ocurría a ella a su vez hablarle la miraba con desdén y luego la ignoraba.

Comenzaba a entrar aire frío por la ventana abierta. Marta se levantó para cerrarla y al mirar al exterior comprobó que se estaba alzando neblina. El vapor blanco parecía surgir de la espesura del bosque y se arrastraba lentamente hacia la casa, invadiéndolo todo. Apenas podía ya distinguir los setos sembrados junto al cerco y a su columpio de madera construido cerca del pequeño huerto. Al verlo la niña sintió una leve punzada de nostalgia. Recordó a su padre sonriendo bajo el sol de septiembre el día que le terminó el columpio, y como la cogió en brazos para sentarla en el sillín. Ella reía sin parar mientras papá la mecía suavemente haciendo que su larga falda bordada ondease al viento como una bandera. Aquellos eran tiempos felices.

Cerró la ventana con un golpe sordo y volvió a sentarse. Aquel sonido pareció sacar a su madre del ensimismamiento e hizo que se girase para hablarle por primera vez en toda la tarde.

—Marta, enciende el quinqué. Se hace de noche.

La chica alargó el brazo para recoger la lámpara de la mesa, ya lista con el mantel blanco impoluto a la espera de los enseres para la cena.

—Prepárate para irte a casa de tus abuelos. — Le dijo su madre volviéndose otra vez hacia la olla donde se cocían las patatas que acompañarían al pollo.

Marta sabía que aquello entraba dentro del ritual anual. Mamá siempre la enviaba a casa de sus abuelos paternos esa noche. Los ancianos vivían en el pueblo, y aunque recibían a su nieta con entusiasmo y le preparaban sus platos favoritos, ella prefería poder quedarse en casa. El camino hacia el pueblo a esas horas era oscuro y solitario, y además no le gustaba la idea de dejar a su madre sola con sus recuerdos y tristezas. Pero sabía que cualquier intento de discusión o conato de rebeldía ante aquella decisión era inútil.

\*\*\*

Marta encendió la lámpara y la depositó otra vez sobre la mesa, procurando que estuviese centrada para no estorbar a los platos y cubiertos que en breve la ocuparían casi por completo. La débil luz del quinqué proyectaba sombras sobre las paredes y el techo, mientras que las zonas iluminadas de la estancia parecían reflejos de hogueras lejanas. La chica se preguntó por enésima vez para que cocinaría su madre tanta comida. Aunque entendía que por tratarse de una noche especial se esmerase con los menús, le costaba mucho creer que ella sola se comería todas aquellas viandas. Cuando regresaba al día siguiente de casa de sus abuelos, Marta no encontraba nunca ni rastro de la cena. La mesa siempre estaba perfectamente limpia y recogida, y la cocina resplandeciente como

una mañana de verano. Era el único día del año en que Rosalinda parecía más alegre. Durante el transcurso de la jornada la sombra que oscurecía su rostro permanentemente se difuminaba, y una sonrisa se le dibujaba en los labios haciéndola parecer más joven. A veces incluso la oía tararear una canción mientras tendía las sábanas en el jardín o le daba de comer a las gallinas. Pero luego, al caer la noche, se acostaba y al levantarse al alba la tristeza volvía a estar otra vez ahí, más acusada que antes, más voraz.

Marta justificaba el comportamiento de su madre porque pensaba que se debía a la muerte de papá. Tampoco ella lo había superado aun. Aunque era muy pequeña cuando ocurrió, guardaba vívidos recuerdos tanto de los acontecimientos acaecidos aquel nefasto día como de la propia relación con su padre en sí misma. Mateo siempre había sido un hombre cariñoso y entregado con su hija. A Marta le gustaba recordar los largos paseos por el bosque en busca de setas y trufas, los días de pesca en el lago bajo el inclemente sol de julio, los juegos y las risas cada atardecer cuando él volvía cansado de trabajar en el campo. Su padre la había querido y ella a su vez lo idolatraba. Eran tiempos de felicidad y sonrisas, truncados súbitamente a partir de la noche del incendio. Desde entonces ya nada fue lo mismo.

—Apresúrate, Marta. — Le dijo su madre desde la cocina. —Pronto será noche cerrada y ya sabes lo traicioneros que son esos caminos en la oscuridad.

—Si, mamá. — Respondió la niña con un deje de consternación en la voz. Se puso en pie perezosamente y alisó las arrugas de su falda con ambas manos. Mientras subía a su habitación a cambiarse de calzado Marta volvió a evocar la muerte de su padre. Supuso que en una fecha como aquella la gente tenía cierta propensión para recordar a sus difuntos con mayor énfasis, quizás incluso a consolarse al saber que no eran los únicos que habían perdido a seres queridos. Siempre se entristecía al pensar en ello.

Sacó las botas gruesas del armario y mientras se las calzaba fijó la vista en el cuadro que colgaba sobre su cómoda. Representaba una cacería de ciervos por el interior de un bosque. El extremo inferior derecho del marco estaba roto y ennegrecido. Marta sentía una especial fascinación por aquella pintura, aunque no relacionada con el tema de la misma ni propiciada por algún gusto desconocido hacia el arte. De un modo milagroso que escapaba a su comprensión, ese cuadro había sido el único objeto que salió prácticamente intacto del incendio, a pesar de que el fuego se originó en la chimenea sobre la que estaba situado por aquel entonces.

Según la teoría que más tarde plantearía su padre, una chispa debió de saltar de la madera ardiendo y llegó hasta las cortinas del ventanal. Las llamas se extendieron con tal rapidez que en cuestión de minutos devoraron casi todo el salón. A Marta, que dormía en su habitación de la planta superior, la despertó el grito desgarrador de Rosalinda seguido de los pasos apresurados de su padre sobre el suelo de madera. El dormitorio conyugal estaba junto al suyo, separado tan solo por el pequeño aseo. Cuando la niña salió al pasillo el aire era ya irrespirable. Un humo negro y denso subía por las escaleras, dificultando la visibilidad. Marta distinguió la silueta de su padre intentando bajar las escaleras sin lograrlo. El calor ascendente unido a la cada vez más espesa humareda impedían a Mateo avanzar. Rosalinda estaba arrodillada en la puerta de su habitación, con las manos cruzadas sobre el pecho y sollozando desconsoladamente. Su camisón blanco aparecía sombreado allí donde las cenizas se posaban. Marta empezó a notar un calor desmesurado que le invadía todo el cuerpo. La vista se le nubló y sintió que ya no le entraba aire por la nariz ni la garganta. Las piernas le flaquearon y cayó bruscamente de rodillas, pero estaba tan mareada que ni siquiera sintió dolor. Mateo había desistido de bajar y ayudaba a Rosalinda a incorporarse cuando su hija lo llamó. El hombre la miró durante una fracción de segundo y corrió hacia ella tras soltar sin sutileza alguna a su mujer. Lo último que Marta vio y escuchó antes de perder por completo el conocimiento fue a su padre con el rostro demacrado cogiéndola en brazos y el sonido de cristales rotos cuando Mateo se abalanzó hacia la ventana de su cuarto.

\*\*\*

Despertó dos días más tarde en casa de sus abuelos, desorientada y con un fuerte dolor en el pecho. Los ancianos no querían decirle que había ocurrido, tan solo que sus padres se encontraban bien. Durante todo aquel día Marta permaneció postrada en la cama mientras su abuela intentaba en vano obligarla a comer algo. Pero la niña solo quería agua, sentía como si las llamas del incendio hubiesen penetrado hasta su garganta, le ardía de un modo horrible y por más agua que bebiese le parecía imposible aplacar ese fuego. Al anochecer su padre vino a visitarla. Mateo tenía el rostro blanco y macilento, y una sombra de pesadumbre oscurecía su mirada. Se inclinó a besarla en la frente y después se sentó al borde de su cama. Intentó esbozar una sonrisa, pero lo que surgió de sus labios fue una mueca retorcida y carente de todo humor.

—¿Cómo estás, princesa?

—Mejor. — Al hablar el ardor de la garganta volvió en toda su intensidad.

—La abuela me ha comentado que ayer te visitó el doctor. Dijo que necesitas descansar y en un par de días estarás fuerte como un roble.

Marta asintió con la cabeza. —¿Qué ha pasado? — Le preguntó a su padre.

—No ha sido tan grave. —Mintió Mateo. — Ha ardido gran parte de la planta baja y del sótano, pero el piso superior apenas ha sufrido daños. Afortunadamente las llamas alertaron a los vecinos, y tanto los Robledo como los Mendoza acudieron rápidamente y ayudaron a extinguir el incendio antes de que se consumiera todo.

Marta advirtió por primera vez los cortes y arañazos que presentaba su padre en la cara y los brazos. Recordó el sonido de cristales rotos instantes antes de perder el conocimiento. —¿Y mamá?

El semblante de Mateo volvió a oscurecerse repentinamente y en su mirada aparecieron destellos de tristeza contenida. —Está bien. Algo conmocionada pero en perfecta salud. — Perlas brillantes de sudor resbalaron por la frente del hombre mientras hablaba. Retiró la mirada de su hija antes de continuar y la fijó en algún punto inconcreto del suelo. — Después de dejarte a ti en el césped intenté subir a por ella, pero era imposible. Le grité que saltase por la ventana y yo la recogería en mis brazos. —Tragó saliva y se enjugó el sudor de la frente con la mano derecha. —Por más que gritaba no se asomaba. Estaba ya desesperado y dispuesto a atravesar las llamas para rescatarla cuando apareció ante la ventana. Tenía la mirada perdida, ausente. No creo que se arrojase deliberadamente de la ventana, pienso que se desmayó y cayó por su propio peso. No importa, lo que cuenta es que la recogí antes de que tocara el suelo y se salvó. —Mateo se incorporó y fingió entusiasmo. —Nos estamos alojando en casa de la tía Berta mientras reconstruimos la casa. No queremos darles más responsabilidades a los abuelos. —Se inclinó otra vez para besarla y después retrocedió hacia la puerta de la habitación. —Descansa, princesa. Mamá vendrá a verte en cuanto se encuentre un poco mejor.

Pero Rosalinda no apareció en toda la semana. Ni a la semana siguiente. Ni en los cuatro meses y medio que la niña permaneció allí mientras se recuperaba y su padre restauraba la casa. Cuando Mateo llegó con su carro una mañana de abril para recogerla y devolverla al hogar Marta le preguntó por su madre, entristecida de que tampoco aquel día se hubiese dignado a presentarse. El hombre se limitó a mirarla melancólicamente y guardó silencio durante todo el trayecto.

A Marta no le sorprendió en absoluto la frialdad con que la recibió Rosalinda. La mujer apenas la miró cuando la niña bajó del carro y corrió hacia ella para besarla. Pronunció de mala gana un escueto “hola” y se giró hacia la entrada de la casa. Con el tiempo Marta empezó a acostumbrarse a la indiferencia de su madre, que solo se dirigía a ella para hablarle lo imprescindible. Mateo intentaba cubrir esa carencia de calor materno volcándose aun más en atender a su hija, pero las peleas entre ellos eran cada vez más frecuentes y la chica sufría en silencio cuando los oía gritar o discutir acaloradamente. Comprendió que su vida anterior, pletórica de risas y felicidad, se había quemado en el incendio junto a todas las demás cosas irrecuperables.



Al evocar todo aquello Marta se deprimió aun más, así que intentó disipar sus recuerdos retirando la mirada del cuadro y concentrándose en sus quehaceres más inmediatos. Bajó las escaleras con rapidez y se encaminó a la puerta de salida. Del perchero recogió un chal de lana y la linterna de gas. Se cubrió hombros y espaldas con el chal y se abrochó el pañuelo blanco sobre la cabeza.

—Mamá, me voy. —Rosalinda, aun en la cocina, no se dignó a responder. — Hasta mañana, que pases una buena noche. —Marta esperó unos instantes y después salió al exterior.

La niebla se había espesado profundamente, otorgando al paisaje un aura fantasmal de inmaculada blancura vaporosa. Apenas podía distinguir el camino que se internaba en el bosque. Encendió la linterna pero su luz no servía de mucho ante la impenetrabilidad de la niebla. De todos modos Marta conocía el camino al dedillo, pues lo había recorrido infinidad de veces. El frío era intenso y calaba hasta los huesos, así que la chica se arrebujó en el chal y comenzó a caminar. Ya casi era noche cerrada, pero los espacios entre los árboles que normalmente a esas horas estaban sombríos se encontraban rellenos de una luminosidad espectral. Oyó graznar a un cuervo y algo se movió entre los matorrales unos metros por delante, probablemente un conejo o una rata.

Aquella noche era idéntica a la de la muerte de papá. La misma niebla, el mismo frío, la misma melancolía impregnada en el ambiente. Marta sintió un escalofrío en la espalda al pensar en ello. Nunca había podido comprender como Mateo se había desviado de aquella manera del camino. Su padre conocía el terreno mucho mejor que ella, era prácticamente imposible que se hubiese perdido aun a pesar de la falta de visibilidad. Sabía que estaba muy irritado por la discusión con Rosalinda, la peor que tuvieron desde el incendio. Mateo salió disparado pegando un portazo que casi descuelga la puerta de los goznes, y se internó en la niebla con dirección al pueblo. Rosalinda permaneció sentada en la mecedora frente a la chimenea encendida, llorando y maldiciendo mientras Marta lo veía todo desde la escalera. Pasaron las horas y Mateo no volvía, así que su madre salió a buscarlo. Marta intentó detenerla, preocupada y asustada. No quería que le ocurriese nada a ninguno de los dos. Pero la mujer no atendía a razones, tenía un brillo ausente en la mirada y pa-

recía no escuchar siquiera las súplicas desesperadas de su hija. Marta no pudo hacer otra cosa que mirar por la ventana como su madre también desaparecía engullida por el vapor luminoso.

Tras un par de horas que parecieron años, Rosalinda reapareció sola. Traía los zapatos y el bajo de la falda cubiertos de barro húmedo, y su rostro impasible aun conservaba aquel aire de ensimismamiento insano. Entró y se quedó mirando fijamente a Marta. —No lo he encontrado. —Dijo, y a continuación subió las escaleras lentamente hacia su habitación.

Tres días más tarde unos pastores hallaron el cuerpo de su padre tendido al fondo de un barranco, a unos treinta metros del camino principal. Presentaba, según el forense, múltiples magulladuras por todo el cuerpo y una fuerte conmoción craneal, producto según el médico de la caída a más de cincuenta metros.

Marta recordaba la lluvia el día del entierro. El cielo gris plomizo parecía querer caer sobre ellos y los pocos asistentes que miraban con ojos tristes como descendía el humilde ataúd de pino hacia las profundidades de la tierra. Rosalinda permanecía en el mismo estado de trance que padecía desde aquella nefasta noche, y ni siquiera se le escapó una lágrima. Al terminar la ceremonia, Marta pudo oír algunos comentarios que en voz baja esgrimían las personas allí concentradas. En uno de ellos advirtió a escuchar la palabra “suicidio”. La niña sabía que tal cosa era imposible, su padre jamás se hubiese quitado la vida voluntariamente, nunca la habría dejado sola. Sin embargo se había quedado sola, muy sola.

\*\*\*

Una ráfaga de viento azotó su mejilla repentinamente despejando sus pensamientos. Se detuvo un instante para ajustarse el chal sobre el cuello y se dispuso a emprender la marcha, pero en lugar de hacer eso Marta giró en redondo y observó su casa. El viento había dispersado un poco la niebla, lo suficiente como para hacerse visible el interior del salón a través de las ventanas, cuyas cortinas estaban descorridas. Marta vio a su madre subiendo las escaleras, y supuso que ya terminó de cocinar y se disponía a cambiarse para la cena. De repente una idea cruzó su cabeza. Dejó la linterna sobre el suelo y corrió hacia su hogar. Comprobó que su madre estaba ya en el piso superior y abrió muy lentamente la puerta, procurando no hacer ruido. Justo delante de la puerta principal estaba la mesa, ya completamente dispuesta para la cena, y frente a ella había un armario de madera que Rosalinda utilizaba a veces como alacena. Marta caminó sigilosamente hacia allí y se metió dentro. El espacio era muy estrecho, y las puertas de celosía permitían ver una parte de la mesa con cierta dificultad. Se acomodó lo mejor que pudo y permaneció completamente quieta. De repente sintió remordimientos por sus abuelos, que sabía se preocuparían al no verla llegar, pero se consoló imaginando que los ancianos probablemente pensarían que mamá no habría querido que su hija saliese con esa niebla tan espesa. Ya habría tiempo al día siguiente de dar explicaciones, algo se le ocurriría. Sentía una inmensa curiosidad por ver que es lo que hacía su madre cada año en esa noche de difuntos. Más que curiosidad, pensó, se trataba de necesidad.

El único sonido apreciable era el tic tac del reloj de pared. Minutos más tarde Marta oyó los pasos de Rosalinda bajando las escaleras. Portaba un candelabro con tres velas, y lo sustituyó por el quinqué en el centro de la mesa. A continuación se sentó. Tenía puesto su único vestido de gala, el granate con estampaciones doradas, y al cuello cerrado hasta casi la barbilla lucía un colgante de plata que su padre le regaló hacía años por el aniversario de bodas. La chica no recordaba haber visto a su madre nunca tan elegante. La mujer parecía ansiosa, se frotaba las manos constantemente y miraba cada cinco minutos por la ventana descubierta. Los platos humeaban y transportaban su apetitoso olor hasta las fosas nasales de Marta, que se relamía de hambre al olerlos.

Marta empezaba a impacientarse ante la inactividad de Rosalinda. Temía que la oyese si se movía y la descubriese. Empezaba a arrepentirse de la decisión tomada cuando el reloj dio las campanadas anunciando las diez de la noche. Tanto ella como su madre dieron un respingo. Rosalinda se levantó de golpe y caminó hacia la ventana, luego regresó ante la mesa y se puso a caminar





Notó un dolor sordo en la espinilla derecha y acto seguido cayó de bruces sobre el barro. No supo con que había tropezado, ni siquiera pensó en ello. Giró el cuerpo para situarse boca arriba e intentó arrastrarse hacia atrás impulsándose con los brazos, pero las fuerzas no le respondieron. Permaneció tendida allí, mirando como el vapor blanco se revolvía en espirales alrededor suyo. Tomó una bocanada de aire y sintió como aquella niebla penetraba por su boca, pudo saborearla mientras bajaba a través de su garganta en dirección a sus entrañas. Los pulmones se le llenaron, pero la niebla no se detuvo allí. Continuó avanzando más y más, hacia lo más profundo de su cuerpo, hacia lo más recóndito de su ser.

Una cara flotó sobre ella, roja y sonriente. Los labios se movían pronunciando palabras, pero Marta ya no podía oír nada. Junto al rostro se materializó una hoja de metal brillante. Marta le sonrió a su madre y entonces el blanco se tornó en negro.

\*\*\*

Como cada año en el día de difuntos, Rosalinda preparó una copiosa cena plagada de succulentos platos. Probó el caldo de las albóndigas y sonrió satisfecha. Luego dispuso la mesa esmerándose en que cada cosa estuviese en su sitio. Se sentía algo cansada, pero el nerviosismo que siempre experimentaba durante esa noche señalada le otorgaba fuerzas renovadas. Se quitó el delantal manchado y subió a cambiarse de ropa. Cuando bajó eran ya casi las diez, así que esperó sentada a la mesa y frotándose las manos. Tras las campanadas sonaron los golpes en la puerta, puntuales como siempre. Rosalinda volvió a sonreír mientras abría. El hombre y la niña esperaban agarrados de la mano a que la mujer les franquease el paso.

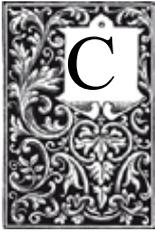
—Bienvenidos a casa. La cena está dispuesta.



# Treinta y uno de octubre

Por: Ramiro Chávez





Cuando desperté el alba comenzaba a rayar, vi mi reloj y daban las seis de la mañana, el tren llegaría recién a mediodía a mi destino, la Villa Rica de Oropesa. El resto del trayecto me quedé admirando la hermosura que se tendía a mis ojos, un río de aguas claras que corría paralelo a las vías, montañas revestidas de frondosa vegetación, los quinales alzando sus intrincados troncos, el motoy dejando caer sus flores a lo largo del camino y estas a su vez van soltando un suave perfume. De ese embelesamiento me sacó el trastabillar del vagón. Entonces me fijé que asientos más adelante se encontraba un familiar mío, mi primo Manuel, muy concentrado en la lectura y no parecía haber notado mi presencia. Entonces me le acerqué:

—Hola primo, como estas, a los años que uno puede verte. —Por el inicial silencio presentí que no me había reconocido, hasta que por fin contestó:

—¿Leonidas, no me digas que ...? —Al terminar de reconocirme su voz se tornó más animada. —¡Leonidas, primo, qué tal!

Como dos personas que no se han visto en mucho tiempo, nos saludamos alegremente con un fuerte abrazo. Entonces nos pusimos a conversar animadamente el resto del viaje. Nuestros temas se referían más que todo al pasado, en especial la época de colegiales durante la cual habíamos sido amigos inseparables. Estando entre nostálgicos y alegres al fin me atreví a preguntar:

—¿Y qué te ocurrió primo, de que finaste? —Le dije con cierto temor.

—Un accidente en un autobús mientras iba al Valle —me respondió con naturalidad.

—Debió haber sido hace poco, el año pasado recuerdo que aún estabas vivo.

—Harán unos ocho meses desde que pasó, quién diría que fallecería apenas un par de años después que tú.

Continuamos conversando del tema, le pregunté más detalles y Manuel lo mismo. Del dolor sentido, de la pena de los familiares, de cómo nos trataba la muerte, cuando noté cierto desánimo en mi primo decidí cambiar de tema:

—Veo que ni aún finado te quitas el hábito de leer. —Recordándole de cómo siendo más joven era cosa normal verlo con los ojos puestos en alguna obra literaria.

—Vaya que es una verdadera suerte que aún pueda agenciarme libros sino pensaría que estoy en el infierno.

—Cielo, infierno o purgatorio, no lo sé, pero esta otra vida se parece mucho a la anterior.

—¿Quién hubiera creído que las cosas eran tal como nos lo contaba la abuelita? —dijo como reflexionando para sí mismo. —que cada año las almas, en esta fecha, por merced de la muerte podemos volver a visitar a nuestros familiares.

En ese instante el silbido del tren nos avisaba que ya estábamos prontos a llegar a la estación de tren de la Villa. En el andén nos topamos con más familiares, tíos, tías, primos y primas. Ya reunida la familia, todas las almas nos fuimos a visitar nuestras casas.



# Los perros suicidas de Lima

Por: Miriam Pinedo





Se perdieron tres perros en el mar esa mañana. Dos de ellos eran grises, y el tercero, sin serlo, también se volvió gris cuando desapareció en ese extremo en el que se mezclan el cielo y el mar de Lima. Ese día fue domingo treinta de junio del dos mil trece. Nadie hizo nada ante la angustiada mirada de los perros, incluso los pocos surfers que había cerca, observaron nada más, cómo la dirección helicoidal del agua los absorbía.

Ya de por sí, es demasiado extraño que un perro se adentre en el mar, máxime cuando está tan bravo. Los perros suelen tener un instinto bastante agudo para oler el peligro, sin embargo, yo sorprendida, otros indiferentes, vimos morir tres perros en cuestión de minutos. Había ido a contemplar el mar esa mañana movida por un sentimiento denso de melancolía. Quería ver el metal del cielo de Lima contagiándose con el agua, tiñendo las plantas, las rocas, la gente y su ropa deportiva de domingo, por eso no me importó demasiado la desaparición de los primeros perros.

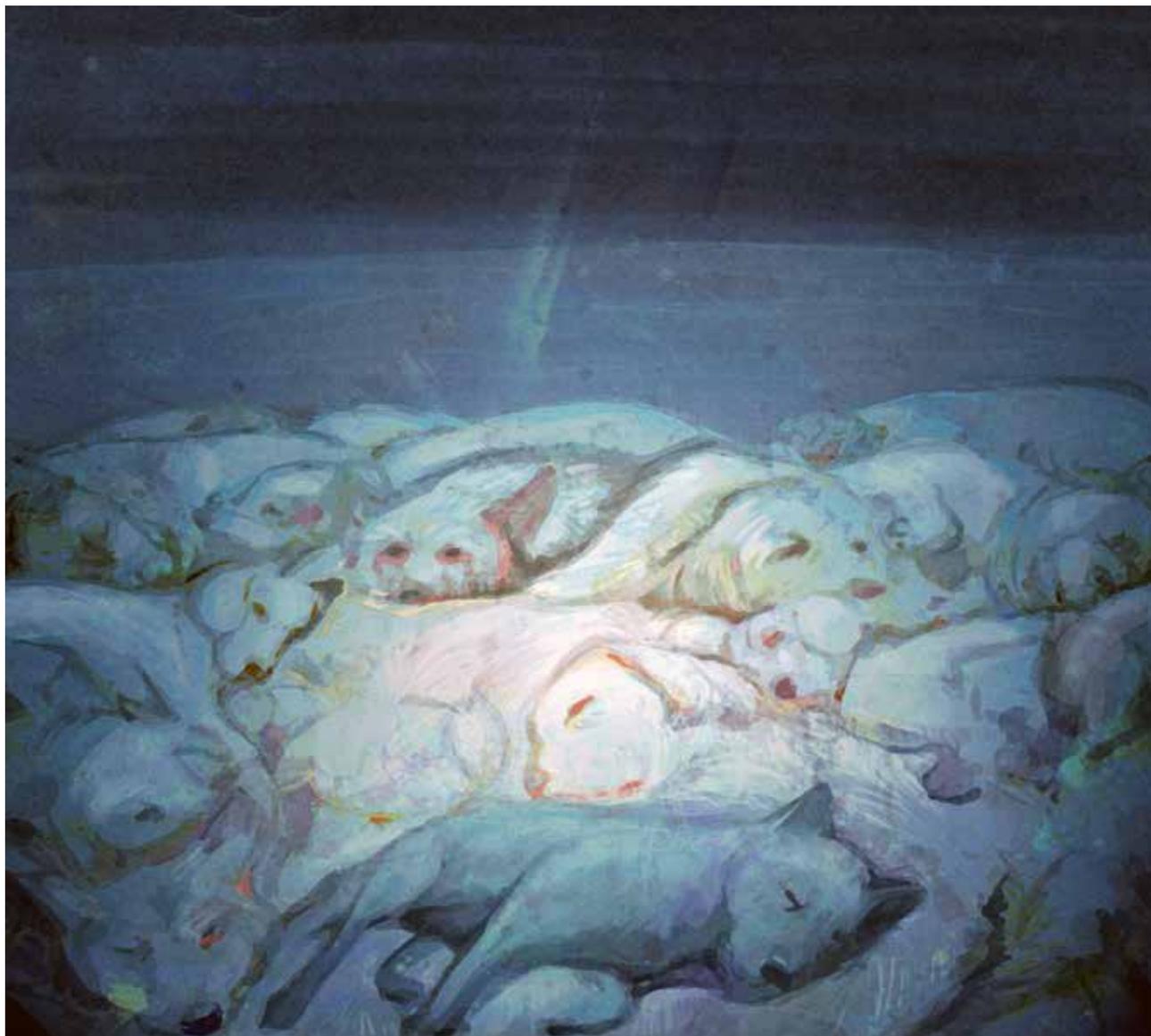
En Lima hay muchos tipos de perros en las calles. La inmensa mayoría de ellos, tienen la cara ladeada hacia la derecha, y el hocico, también ladeado, dejando escapar, de esta forma, a un costado de los colmillos sarnosos, una lengua larga y erosionada. Esos son los perros que duermen sobre el asfalto de Lima, adoquinando la Plaza Mayor, a lo largo del Palacio de Gobierno y de la Catedral, conformando cientos de kilómetros de perro. No sé quién dijo una vez, que si ponías los discos vendidos por los Beatles en fila, podías recorrer el mundo dos veces; igual puedes rodear esta ciudad saltando de perro en perro callejero, de estar estos alineados, y no apilados en desorden, como están.

No hice nada cuando vi cómo los engullía la marea, pero un hombre que había permanecido a mi costado, poco después de sentarme frente al mar, me dijo señalando a lo lejos, con sus uñas negras y sus dedos rechonchos: —Ha empezado. Mucho antes de que hablara, ya odiaba a ese hombre, que había venido a entrometerse en mi soledad cuando recién había empezado a disfrutarla, así que, en el momento en que hizo esa observación, actué como hubiera actuado cualquier persona que lo único que busca es estar sola, seguí mirando hacia el frente sumida en mi mutismo. Él, como para cerciorarse de mi rechazo, continuó volcando obstinadamente los ojos en mi dirección, por lo menos, durante cinco minutos más. Trató de acercarse después, para darme la mano, y yo pensé en sus uñas sucias, y en que, seguramente, usaba esa mano como papel higiénico, pero razoné “acabemos con esto cuanto antes” y le devolví mi mano sonriendo. —Entiendes, entiendes—. Me dijo, y se fue con pasitos cortos y torpes, mientras la garúa descendía lenta y suavemente, contrariando la necesidad de usar paraguas en Lima, donde apenas llueve con la violencia de un cachorro.

Seguí mirando el mar, y después mis uñas con miedo de que se me hubiera contagiado la suciedad desde la mano del extraño. Demasiada turbiedad tenía ya en mi pensamiento, tanta que perfectamente podría haberse extendido a las uñas de las manos y de los pies. Estaba viviendo ese celo natural del hombre, por tener los problemas cercados en habitaciones incomunicadas, a modo de evitar la metástasis, a modo de conseguir una relativa seguridad. Por eso, prefería contener la suciedad en mi cabeza, con la esperanza de que la amenaza que nació ahí, muriera ahí. En mis uñas, todo estaba bien. Seguí mirando el mar.

Las olas han devuelto el cadáver del perro magullado otrora, cecina salada su carne ahora. Con ese cuello rotativo, más voluble que el destino, y esa lengua enorme extendida sobre la arena de la playa. Pronto vendrán los pajarracos a picar la lengua, al mismo tiempo que se detienen en los ojos del animal, por ser estos los órganos más blandos, donde es posible saciar el hambre con urgencia. Eso, si antes no es devorado por sus primos, tíos, hijos y yernos, de existir, que no existe, un árbol genealógico tan complejo para los canes. Lo que sí es cierto, es que, probablemente, lo engulla una mandíbula canina y abandonada, una de las miles que deambulan por aquí, y por toda la ciudad.

Miro el mar y el cielo gris. ¡Es tan increíble que los conquistadores se atrevieran a realizar tamaña aventura! Surcar el mar puede ser materia de muchos atrevidos, intentar descubrir territorios, guiados únicamente por la esperanza y por planos errados, es la causa de todos los aventure-



ros, pero adentrarse en el mar, y viajar a la deriva sobre un cielo tan gris, es elección únicamente de los perros suicidas, y de los primeros conquistadores.

El mar es como un telar, va perdiendo sus hilos de un extremo, va sumando hilos en el otro, es como la vida, si sabes mirarla de frente, si puedes aceptar que donde se pierde se suma, y donde se suma, tarde o temprano se restará. Las olas van y vienen a uno y otro lado de mis orejas, primero a la izquierda, luego a la derecha.

Otra sombra se aparece, esta trae todo el gris en su cara. Se coloca a mi lado, inclinando la cabeza, y extiende un pequeño cajoncito frente a mí, quiere venderme caramelos, mentolados, chicles, habas fritas, plátano frito, patatas fritas y cigarrillos. Mi negativa silenciosa fue mover la cabeza, la respuesta del vendedor: —Hazlo por los perros. No podía creerlo, ¿Él también lo había visto? ¿Dónde? Primera vez que me percaté de que está aquí, ¿podía haber visto todo esto desde otro extremo del malecón? Puede ser, no todo lo que existe se reduce al campo de mi visión, pienso, mientras me avergüenzo de mi egocentrismo.

Pero, ¿en qué podía ayudar la compra de chicles, al descenso de perros ahogados en el mar? Estoy pensando en todas estas cosas, cuando el vendedor me saca de mi aislamiento: —Ahí va otro. —Me dice señalando al mar. Y efectivamente así era, un perro de pelo largo, rubio, casi dorado, revuelve la arena de la playa con cada zancada que lo aproxima más y más al agua, borrándose su rastro para siempre pocos segundos después.

El terror acaricia todo mi cuerpo, miro al extraño sin levantar mucho la vista, inclinando poco a poco la cabeza en diagonal ascendente, poco a poco, porque tengo miedo de avanzar rápido y descubrir, de una y completa, la cara deforme de un monstruo, sobre la cara que antes era humana.

Teniendo en cuenta las cosas extrañas que me están sucediendo últimamente, bien podrían acontecer mis augurios de transformación. Dios no lo quiera, Dios no lo quiera, por favor que sea normal, pienso, mientras descubro poco a poco sus rasgos. Barbilla humana, boca humana, pómulos humanos, nariz humana, ojos humanos pero ciegos. No hay duda, ese hombre padece ceguera, tiene esa mirada omnipresente que lucen todos los ciegos, esa mirada que se extiende desde California hasta Masachussets ¿Cómo ha podido saber que el perro se adentraba en el mar?

Ahora sí tengo miedo, quiero irme a mi casa donde no me espera nadie, pero donde, al menos, puedo esconderme debajo de las sábanas, y embalsamar mi cuerpo con ellas a lo largo de mi silueta, tensándolas con fuerza para evitar que se meta un perro suicida por alguno de sus lados. Tomo, entonces, la decisión de levantarme, pero no puedo; mis piernas están inertes sobre la arena, solidificadas ahí por la huella de los años, fosilizadas.

Sigo mirando al mar, el vendedor ya se ha ido. Lo único que pienso es que ojalá no se haya dado cuenta de que era incapaz de levantarme, ¡qué vergüenza, una mujer joven como yo, que no puede ponerse en pie! Sigo mirando el mar, su diarrea cansada, y su flujo silencioso y constante sobre las olas. Ya había dos cadáveres de perro en la orilla, ya ondeaban los pajarracos en el cielo sobre ellos.

Dentro de poco oscurecerá, y será este un lugar peligroso. Los últimos corredores se han ido también, pues empieza a hacer frío, y las personas que salen a correr por el malecón prefieren hacerlo con mallas cortas y camisetas de manga corta también. Yo era igual que ellos cuando salía a correr por aquí. Recuerdo un día en que salí a las siete de la mañana, desde el principio de Barranco hasta el final de Miraflores, ese día regrese con los músculos ateridos por el frío.

¿Qué sucede con los perros? No lo sé, pero acaba de morir otro que ha pasado obviando mi cuerpo, tropezando con mis piernas hacia su muerte marina. Pronto serán tres cadáveres de perro sobre la arena, quizá cuatro, porque el quinto, que es este último que acaba de pasar a mi lado, tardará más es ser batido por las olas, y en ser devuelto a la tierra. Ya ni siquiera tengo ganas de irme, ya ni me importa la noche que ha empezado a ceñirse a mi piel, ya ni me importa el frío, solo quiero contemplar el final del espectáculo por terrorífico que, como todo indica, termine resultando.

Empiezo a pensar que hay cierta relación entre los perros y yo. No puedo creer que sean casualidad, la muerte de los perros, y mis ojos observantes. Otra vez me avergüenzo de mi egocentrismo mientras miro mis rodillas. Bien pensado, puede ser, que la amenaza que tenía cercada en mi cabeza se haya hecho extensible, no a las uñas, sino al mundo. Otra vez me avergüenzo de mi egocentrismo mientras observo otro perro zambulléndose en la muerte.

Dos días después me llega el olor de los cadáveres mezclándose con los jugos del mar, con los mariscos, la sal y el petróleo. Esa noche no la pasé en mi casa, tampoco la anterior, desprovista totalmente de voluntad, me quedé ahí sentada, con mi cabello salado y mi piel escamosa y agrietada. En este tiempo habían muerto más de veinte perros, y la cosa no tenía visos de parar en las próximas horas. Ojalá estuviera aquí el vendedor de chicles que se me acercó dos días atrás, ojalá pudiera comprarle esos mentolados, y acabar con esto para siempre. Pero creo que no me dijo eso, creo que solo me dijo “hazlo por los perros”, pudiendo ser esta, solo una forma de paliar su dolor, haciéndoles más llevadero el naufragio, pero sin llegar a evitarlo. Quizá, probablemente, seguirían muriendo perros frente a mí, no creo yo que unos simples caramelos...

Los perros hambrientos de Lima ya han empezado a devorar sus cadáveres, son los únicos en verdad, con los pajarracos, que han tomado una mínima medida a favor de la salubridad pública, deshaciéndose de la materia en putrefacción, que se localizaba alrededor de los huesos. Los transeúntes y los barrenderos han pasado durante tres días sobre los cadáveres caninos, simulando a la perfección no verlos. A veces hacían grandes zigs zags en, lo que yo creía, eran intentos por esquivarlos, pero otras veces, pasaban caminando por encima de la pirámide de perros devueltos por las olas, hundiendo sus piernas hasta el fondo de las costillas de los animales, quedando encallados un rato, con la mirada fija al frente, y nunca hacia la fuente del problema que se encontraba bajo sus pies.

Tres perros más y los contaremos por centenares, me decía, viendo el mural de variopintos colores que conformaban sus cuerpos dispuestos sobre la arena bajo el cielo plumizo de Lima. Ya no puedo tolerar la muerte de ninguno más, el hedor es insoportable y las moscas han comenzado a posárseme sobre los sitios donde resultan más asquerosas: en los ojos y en los labios. Tengo que hacer algo más allá de contemplar este espectáculo deprimente. Tengo que hacer algo, pero en lugar de ello, dirijo miradas de reprobación a la gente. Ustedes están caminando sobre sus huesos, mientras yo soy una simple espectadora, pienso, y dejo otra vez que la noche caiga sobre mí.



# muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible  
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



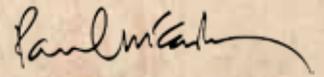
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú